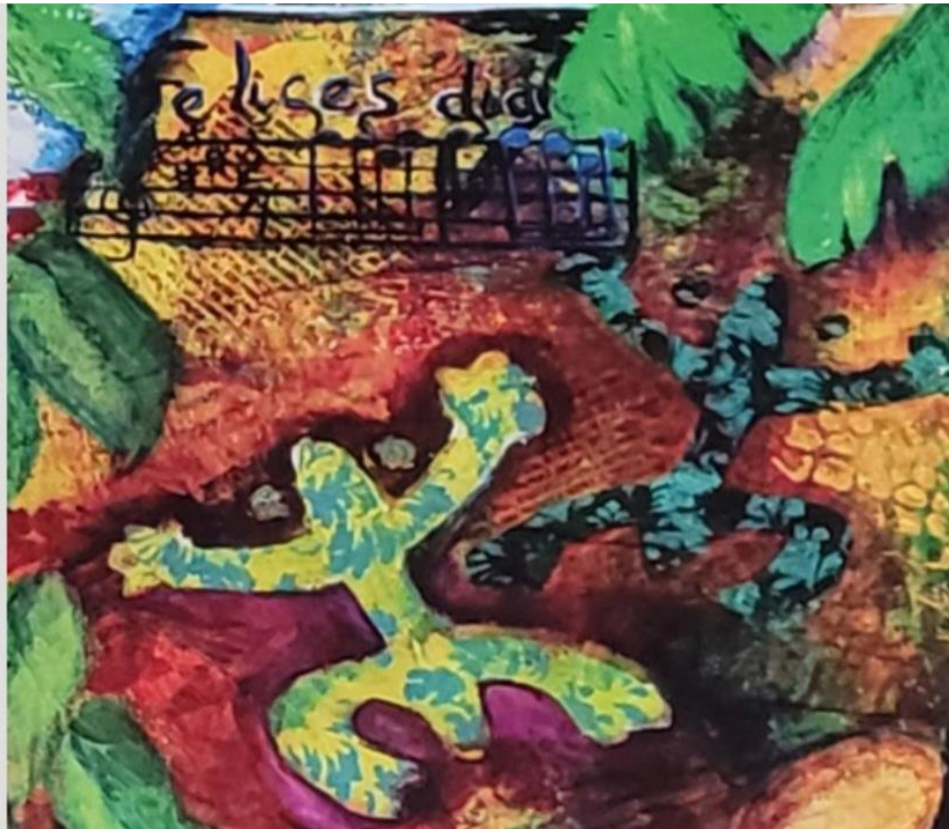


Revista Le.Tra.S.

Revista Literaria de la Universidad Ana G. Méndez en Bayamón

Volumen 7 Núm. 2



Obra de la artista Gilda Pastor Cortés

Agosto a diciembre 2021

Contenido

Mensaje de la directora	3
Editorial.....	4
En esta edición.....	5
Colaboraciones	
La espada de Excalibur Por Mairym Cruz-Bernal.....	7
Chispas y Fénix por Antonio Di Bianco.....	9
Héroes por Awilda Cáez.....	12
Estamos Perdonadas Por Consuelo Mar-Justiniano.....	14
Oda a mi cultura por Gilda Pastor Cortés.....	19
La charrasca roja, La mujer y Las palabras Por Iván Segarra-Báez.....	23
El sol aún me indica a ti y Cristo Planetario Buda Maitreya por Beatriz Mayté Santiago Ibarra.....	35
La jaula azul y Miss Urban Queen Por Carlos A. Barreto.....	39
El viejo bien viejo Por Ricardo Martí Ruiz.....	52
La habitación Por Olga Vega Fontáñez.....	54
El sueño de los iletrados Por Eiric R. Durändal Stormcrow.....	60
La canción triste de Eugenio Seragal Por Elidio La Torre Lagares.....	66
Letras Inéditas	
Poema sobre la violencia de género Por Juleimy Martínez Rivera.....	77
Segunda parte de la muestra del resultado del Taller de Fotopoesía.....	79

Mensaje de la directora



Dra. Glenda L. Bermúdez Rivera

Cada proyecto e iniciativa que permite el disfrute de espacios para la creación, se fortalece con la contribución de distintas perspectivas. Así surgió la revista literaria Le.Tra.S. que conmemora siete años desde el 2014 a nuestros días. Este es un espacio de crítica, poesía, cuentos, reseñas, arte y fotografía que aloja a escritores locales e internacionales. Además, incluye colaboraciones de estudiantes de distintas universidades. Tanto escritores publicados como noveles se embarcan en el mundo de la prosa y el verso para regalarnos emociones, sueños y realidades.

Exhorto a la Dra. Martínez Justiniano y a la Junta editorial a seguir adelante con su compromiso de promover las artes literarias. Mantengamos vivo este proyecto que abarca temas diversos, vanguardistas, con enfoque humanístico, y le brinda al escritor y al lector un punto de encuentro para nuevas vivencias y lecturas. Como quedó plasmado en la novela de Carlos Ruiz Zafón, *La sombra del viento* (2001): “Cada libro, cada tomo que ves, tiene alma. El alma de quien lo escribió, y el alma de quienes lo leyeron y vivieron y soñaron con él”.

Editorial



Dra. Consuelo Martínez Justiniano

“Un lector vive mil vidas antes de morir. El que nunca lee solo vive una”, George R. R. Martin

Desafiando las adversidades hemos estado trabajando, en los últimos meses, para poder entregar otro número de nuestra revista literaria *Le.Tra.S.* En esta ocasión, optamos por temas libres, para que cada autor presentara sus colaboraciones con completa libertad temática. Como resultado contamos con una interesante variedad de textos.

Cuentos con argumentos como la violencia de género, el prejuicio racial, la locura, lo absurdo, lo insólito, entre otros. Poemas sobre la lucha y el poder, la fuerza interna y las batallas personales, son algunos de los temas presentes. Además, esta entrega contiene textos inéditos de estudiantes entre los que destacan, la segunda sesión del proyecto de fotopoesía y un poema original que formó parte de la actividad de los 16 días de activismo contra la violencia de género, a la que se unió UAGM, Bayamón. En esta ocasión contamos con colaboraciones de poetas nacionales como la puertorriqueña, Mayrim Cruz-Bernal hasta poetas noveles como el italiano, Antonio Di Bianco. Cuentistas publicados y galardonados como Elidio La Torre Lagares, Awilda Cález e Iván Segarra Báez, entre otros.

En fin, la revista literaria *Le.Tra.S.* de la Universidad Ana G. Méndez en Bayamón sigue comprometida con promover y difundir las letras nacionales e internacionales. Este espacio seguirá siendo una puerta abierta para recibir tanto a autores de renombre como a escritores noveles. Esperamos que este nuevo volumen sea del agrado de todos.

“No importa lo ocupado que piensas que estás, debes encontrar tiempo para leer, o entregarte a una ignorancia autoelegida”, Confucio.

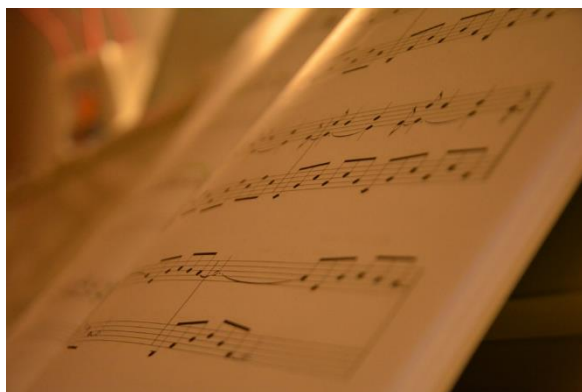
En esta edición:



La espada de Excalibur por Mairym Cruz-Bernal

¡ Defiendo mi mano izquierda de mi mano derecha
Defiendo el silencio de mi voz entrometida
Defiendo mi Inocencia de tanta experiencia inmundada. Defiendo la mujer que decidí ser

ante todos los hombres
Defiendo la Paz ante todas las guerras.



La canción triste de Eugenio Seragal por Por Elidio La Torre Lagares

Se trata de una canción triste, compuesta sobre un desafecto imposible con la cual Eugenio Seragal intenta cantar acerca de un lugar árido y deshabitado de dolor. Los acordes transitan de mayor a menor con una

suavidad lenta y viscosa, una droga sentimental que duerme en las venas mientras el poema que se presta a los acordes de un ansia devastadora.



Héroes por Awilda Cáez

Cuando vi la última película del Hombre Araña, me di cuenta de que somos iguales. Se lo comenté a mi hermana, pero no me creyó. Mis amigos de la universidad se burlaron al escucharme hablar del tema. La única que me comprendió fue mamá. Me apoyó cuando le expresé mi plan de escalar el edificio Cobián para demostrar a los escépticos quien soy.



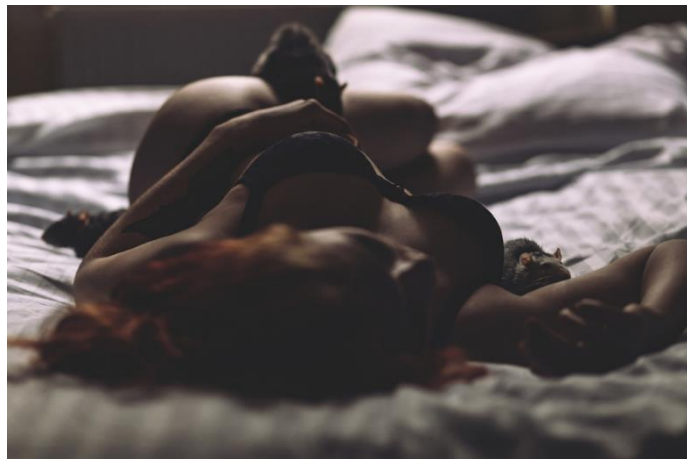
Chispas y Fénix por Antonio Di Bianco

Bajo el corazón la tierra tiembla.
El ruido del mundo en mi piel.
No siento más.
Me quedo inmóvil.
Dentro de un huracán.



Oda a mi cultura por Gilda L. Pastor Cortés

Entre la amalgama de adjetivos que nos distinguen, como humanitarios, gentiles y felices, encuentro otros tantos que me conmueven y enorgullecen como creativos geniales y poéticamente disidentes.



La charrasca roja, La mujer y Las palabras por Iván Segarra-Báez

Estás allí, de pie, como un águila que surca el continente de norte a sur. El grito de la noche te anuncia. Estás nervioso como un joven inexperto en su primer salteamiento. La luz del farol sigue tus pasos lentamente. La charrasca colocada en el bolsillo izquierdo.

Colaboraciones

La espada de Excalibur Por Mairym Cruz-Bernal

Para mi hermana peruana

Gloria Mendoza Borda, por la memoria

Defiendo mi mano izquierda de mi mano derecha

Defiendo el silencio de mi voz entrometida

Defiendo mi Inocencia de tanta experiencia inmunda

Defiendo la mujer que decidí ser ante todos los hombres

Defiendo la Paz ante todas las guerras

Defiendo la mirada de aquellas miradas que acuchillan

Defiendo el árbol, mi hermano mayor,

el pan, la manzana mordida, defiendo a Eva

Defiendo el mantra que me fue dado en secreto

Defiendo hasta morir la niñez de mis nuevos hijos

Defiendo mi Libertad, mi círculo cerrado

Defiendo mis pies ya torpes de los caminos empedrados

Defiendo la tumba de mi madre, el mar donde lanzamos sus cenizas

Defiendo mis memorias intactas en mis poemas

Defiendo a una niña rubia que corrió y corrió y corrió

hasta llegar al mar y supo que no podía correr en el mar

y vivió años de su vida con pánico,

a esa niña defiendo de todos los engaños y del mal amor

Defiendo con la espada de Excalibur,

a mi corazón, porque *de él mana la vida*

Finalmente defiendo las hebras de mi pelo que caen

como semillas de islas por nacer

Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón,

porque de él mana la vida.

Proverbios 4:23



Sobre la autora

Poeta, educadora, editora, traductora, columnista y ensayista puertorriqueña (1963). Presidió el PEN-Puerto Rico (2008-2012). Presidió el V Encuentro Internacional de Escritoras en Puerto Rico en el 2003 donde más de 300 escritoras firmaron un manifiesto por la paz. Posee una maestría en Escritura Creativa, Vermont College, Norwich University (1994). Sus poemas han sido traducidos al macedonio, árabe, croata, eslovenio, italiano, portugués, inglés, alemán, francés, polaco y mandarín. Es miembro honorario del Círculo de Escritores de Venezuela. Sostiene

alianzas de amistad con la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), la Sociedad de Escritores de Chile (SECH) y es Integrante del Movimiento Poetas del Caribe: Unidos por la paz (Barranquilla, Colombia). Es Presidente-Asesora Internacional de los Encuentros Internacionales de Escritoras (EIDE), movimiento itinerante. Tiene 18 libros publicados en diversas partes del mundo.

Chispas y Fénix por Antonio Di Bianco

Chispas

Bajo el corazón la tierra tiembla.
El ruido del mundo en mi piel.
No siento más.
Me quedo inmóvil.
Dentro de un huracán.
Mientras mi yo se desencadena
descubro el precio de vivir.
Y con uñas y dientes espían la calle.
Quito la quinta esencia de la aversión.
Recordándome que antes de volar sonreiré.
En el viento y yendo adelante en los rayos de sol.
En mis días, la noche ya no da miedo.
Cambio y no me doy cuenta.
He partido hacia un camino cuesta arriba.
Para ver un mundo que antes no conocía.



Fénix

¿Qué ha matado la esperanza esta vez?
¿Cómo he podido imponerme este fragor?
Bajo lánguidos respiros y ojos sordos.
Noté la verdadera esencia de las cosas.
Ningún monstruo ha sido derrotado,
por lo tanto seguiré hundido en la oscuridad más oscura.
Estatuas de mí mismo;
al suelo como cristal.
Un bien que se evapora
dentro de este estupor de destrucción.
Explota un grito silencioso
que me volverá más sospechoso hacia la vida
“¿Qué has hecho?” pregunta el cerebro al corazón ya ausente,
acepta la verdad impasible.



Sobre el autor



Antonio Di Bianco es italiano y licenciado en psicología clínica, por la universidad “N.Cusano” de Roma. Habla cuatro idiomas y escribe desde los 16 años. Escribe poemas, artículos periodísticos, letras de canciones y ocasionalmente cuentos. Ha publicado en Venezuela, Italia, Colombia, México, Argentina, Chile, Peru, EE.UU, Brasil, República de San Marino, Rumania y España. Escribe en: italiano, español, portugués, inglés y rumano.

Héroes por Awilda Cáez

Cuando vi la última película del Hombre Araña, me di cuenta de que somos iguales. Se lo comenté a mi hermana, pero no me creyó. Mis amigos de la universidad se burlaron al escucharme hablar del tema. La única que me comprendió fue mamá. Me apoyó cuando le expresé mi plan de escalar el edificio Cobián para demostrar a los escépticos quien soy.

Le sugerí a mamá que nos mudáramos de pueblo otra vez. Aunque lo pensamos por varios días, desistimos de la idea porque recordamos lo difícil que es empezar desde cero en un lugar distinto. Cuando nos instalamos en este nuevo vecindario tuvimos que cambiar hasta de identidad. Nos dio pena hacerlo porque yo disfrutaba mucho cuando era Superman y a mamá le encantaba ser la Mujer Maravilla.





Sobre la autora

Autora de los libros de cuentos *Adiós, Mariana y otras despedidas* (2010, Premio Certamen Interuniversitario de Literatura), *Manchas de tinta en los dedos* (2013) y, junto al colectivo Amalgama G7, de la novela *Nadie descubrirá tus huellas* (2019, segundo lugar Premio International Latino Book Award, mención de honor Premio Pen Club de Puerto Rico). Fue la antóloga de *Latitud 18.5* (2014, Premio International Latino Book Award). Sus textos han sido publicados en antologías de Estados Unidos,

México, España, Argentina y Puerto Rico. En el 2014 el Municipio Autónomo de Caguas la proclamó Escritora Distinguida.

Estamos Perdonadas Por Consuelo Mar-Justiniano

Once años

Once meses

Y veinte días

Parece mucho tiempo

Pero siempre fue ayer

Como es hoy

Como es este momento

Tengo tanto que agradecerte

37 años que me cuidaste

El amor que me diste

Las cosas que me enseñaste

La forma perfecta

En la que me preparaste para la vida

Once años

Once meses

Y veinte días

Me tomó reencontrarte

Comprender que tu alma

Es parte de la mía

Se pinta de colores

Nace

Muere

Y renace

Nacimos amándonos y perdonándonos

Ya no hay más vacío

“todo lo llenas tú, todo lo llenas”

Ya no voy a soñar con tu abandono

Porque estás más presente

Que hace años

Porque estás para mí

Definitivamente

Once años

Once meses

Y veinte días

Me tomó recobrar la libertad

Ya no soy presa de la culpa

Ya no soy presa del coraje

Porque mi alma y la tuya son una misma

Eres parte de mí

Y yo soy tuya

Tengo tanto que agradecerte

Al fin pude escuchar

Lo que me habías dicho

Tu voz yace en el libro

Sobre esa página a la que siempre volveré

Iluminada

Estás en cada espacio dentro de mí

Estás en cada espacio fuera de mí

Estás en todos lados

Estás

No tengo que despedirme

Porque aún estás

Porque siempre estarás

Hasta que mi alma se funda con la tuya

(Tengo tanto que agradecerte incluyendo el perdón).



Sobre la autora



otro libro.

Consuelo Mar-Justiniano se desempeña como profesora universitaria, bloguera, colaboradora radial, redactora, editora y gestora cultural. Tiene un doctorado en Filosofía y Letras con especialidad en Literatura de Puerto Rico y el Caribe del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe. Es autora del libro *Soltera con Compromiso* “Guía para criar sin volverse loca”, del poemario *Inconcluso.S.* y del texto *La metáfora de la mirada en los personajes femeninos de la narrativa de Olga Nolla y Ángeles Mastretta*. Actualmente trabaja en

Oda a mi cultura por Gilda Pastor Cortés

Entre la amalgama de adjetivos que nos distinguen,
como humanitarios, gentiles y felices,
encuentro otros tantos que me conmueven y enorgullecen
como creativos geniales y poéticamente disidentes.

En nuestra historia hallo evidencia
de una cultura que lejos de ceder al paso
se reafirma con premura
desde el lelolai del canto del jibarito
hasta el ¡Ay bendito! en la desventura.
También la encuentro en las manos
del artesano que eterniza la práctica del tejido de hamacas,
de hacer dulce de coco y de higueras maracas.
En la talla del dujo, del sol y el coquí taíno,
y del café humeando en la taza.

Cultura es el amor a la patria
expresado en acciones.
Nosotros la escuchamos en el tiple, el cuatro, la bordonúa,
en líricas desde la danza hasta a salsa.
Allí vive nuestra cultura.

Vive al llegar a casa – “Bendición mami”.
En el abrazo y un beso al amigo en la calle;
viaja en nuestras maletas con pasteles, gofio
o tabaco; en el aplauso del regreso
cuando el avión ha aterrizado.
Por eso Borinquen es el

nombre al pensamiento grato,
la tierra bendita a donde el pensamiento vuela,
cuando el que está lejos dice: “Mamá, Borinquen me llama...”
“Preciosa serás sin banderas, sin lauros ni glorias...”

Y yo como buena puertorriqueña
también me enorgullezco en decir
como dijo el Maestro Rafael:
“Si yo no hubiera nacido
en la tierra que nací,
estaría arrepentido de no haber nacido aquí”.



Sobre la autora



Actualmente La doctora Pastor se ha destacado como educadora, artista plástica, productora de radio, cantante, poeta y motivadora. Tiene un bachillerato en Humanidades con especialidad en Artes Plásticas de la Universidad de Puerto Rico. Maestría en Administración de las Artes de la Universidad del Turabo y un doctorado en Filosofía y Letras del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe.

La charrasca roja, La mujer y Las palabras Por Iván Segarra-Báez ORCID:0000-0001-5820-5859

I

La charrasca roja

Estás allí, de pie, como un águila que surca el continente de norte a sur. El grito de la noche te anuncia. Estás nervioso como un joven inexperto en su primer salteamiento. La luz del farol sigue tus pasos lentamente. La charrasca colocada en el bolsillo izquierdo. Las manos permanecen heladas. Una ligera línea de sudor cruza tu mejilla y llega a la barbilla. Ella indefensa como una colegiala que no ve el peligro, camina como un trompo, distraída y zigzagueando por las calles. Va y viene entre las vitrinas de las tiendas de un lado para otro.

Las calles, algunas veces, guardan juegos extraños y peligrosos. Mi madre siempre me lo dijo.

—Nunca estés en Babia al cruzar la calle, y, mira bien, para todos los lados. Desconfía de todos aquellos que se te acerquen, y si es necesario, tira un grito—.

Pero los gritos no siempre se oyen —y mucho menos— salen con fuerza. Algunas veces son presas de los sentimientos que se ahogan cálidamente bajo una charrasca.



La noche huele rara, hoy. Se esconde y se combina con la escasa luz de los faroles como queriéndome decir algo...

Pero yo, ingenua como un búho, camino despacio para llegar a casa. La oscuridad me quiere decir algo, que yo no percibo. Los transeúntes parecen de cartón en la noche; como si estuvieran suspendidos en las vitrinas de los edificios. Las puertas de las tiendas siguen abiertas, mostrando que la muerte andaba cerca como un remolino. Sus luces de neón, sus vitrinas, la lluvia, el ruido y el cafetín de la esquina, todos estos lugares eran como una postal, como un pasado remoto cuando lo mira desde otro ángulo. Todo es un misterio invisible. Son muy pocas las tiendas que permanecen abiertas. Dentro de unos minutos, todas encenderán sus letreros de "closet" y apagarán las luces. La oscuridad se hacía más latente, constante y palpable. El capitalismo siempre ha dividido a las personas entre los dominadores y los dominados. El viento de la noche anuncia un peligro sobre el pavimento y los edificios lejanos. Las callejuelas brillan como panteones olvidados entre las luces intermitentes de los faroles. La luz se ha esfumado de todo aquello, como cuando llueve, y las aves se van; y nadie sabe, para dónde. La noche olía a

peligros marcados por una chaira de doble filo. El aire suele decir cosas macabras como éstas:

— Corre, auxilio, huye. ¿Qué alguien me ayude, por favor, un policía? —

Lo peor es que nadie escucha, allá afuera. Todo se viste de un sin sentido. Las tiendas se apagan. Las luces, poco a poco, se oscurecen. El aire se corta con los dedos sobre el vientre, como si estuviera cortado por una charrasca de doble filo como la que cargabas, tú. Sí, tú; Joaquín. Nadie supo jamás, cómo te llamas, excepto, yo, tu víctima.

Cuando apareciste; el corazón casi me deja de latir. Las manos se me congelaron al instante. Y el tiempo se detuvo como un poderoso veneno sobre mi cuerpo. Parece que corre, como si fuera una película de horror, sobre todo mi cuerpo. Entonces fue cuando la sentí adentro del alma. Era fría y relampagueante como una hoja de plata. Entró vestida de blanco, y salió, vestida de rojo. Mejor dicho, salió de mí, vestida de rojo. Este color siempre es muy intenso.

Me habías pedido el bolso. Te dije: «No». Me negué como una idiota. Lo agarré fuertemente, para soltarlo luego, casi sin fuerza. En tu nerviosismo, se cayó tu identificación. Joaquín Monte Adentro, 5-11”, Ciudad Sabanera, E-4, Urb. Delirio del miedo, País Desconocido, CP 42008. Entonces te pusiste más nervioso que nunca. Sin decir palabras, me sujetaste el bolso hasta conseguirlo. Rebuscabas delante de mí, todo el bolso, para no encontrar nada. Dos pesos y una moneda de libra esterlina. Me miraste como a un funeral que quieres detener. Pero ya era tarde. La habías sacado del bolsillo de mi cuerpo, vestida de rojo. Mis últimas palabras fueron:

— ¿Por qué a mí?

Sin decirme el por qué. Recogiste la documentación del suelo. La colocaste en tu bolsillo para que yo no la viera. Entonces, te asustaste por todo lo que ya habías hecho sin poder evitarlo, corrías como un niño para abandonar la escena. Pero, algunas

escenas, nunca pueden olvidarse. Peor aún, situaciones como estas, no se deben repetir en el mundo.

¿Cómo es posible que, por dos pesos y una libra esterlina, maten a una mujer en plena calle y nadie vea nada? ¿En un parque, y que nadie vea nada? ¿En una esquina, y que nadie vea nada? ¿En un abrir y cerrar de ojos, y nadie vea nada? ¿En un territorio incorporado o sin incorporar, y que nadie vea nada? ¿En una isla de un archipiélago caribeño, y que nadie vea nada? ¿En un cuerpo de agua, y que nadie vea nada? ¿En una ciudad tan inmensa, y que nadie vea nada? ¿En un río sin cauce, y que nadie vea nada? En fin, ¿en un minuto de silencio, y que nadie vea nada? Tu mano sobre mi cuello, para que no hable, ni diga tu nombre. El tiempo desnudo corre despavorido y atónito. Las hojas se caen de los árboles y las luces se apagan en los tendidos eléctricos, en los celulares de las calles de la ciudad, en el Facebook, en los «messengers», en las citas nocturnas de los novios, entre los ruidos secretos de los enamorados. En todo, en ti y en mí, y que nadie vea nada.

Desde ese momento, no sé qué fue lo que dijiste; porque cuando desperté, ya tú no estabas. Y mi casa, ya no era mi casa. Ahora todo es luz. Y es infinita porque cuando camino parece que vuelo. Los objetos son de otro color más puro. Las cosas de este mundo, todas son maravillosas. Es más, algunas veces, parece como que hablo con los ángeles. De ti, no sé nada. Sólo sé, que me llevaste al cielo y el viaje es sin regreso.



II

La mujer

La vio por el roto de la puerta. Estaba sobre la cama como siempre, pero esta vez, era diferente. Estaba rectilínea, matemática, como una ecuación sin resolver. El rostro cubierto por el cabello de una medusa, la flor de los labios aún flotaba entre el último aliento. Un limón sobre la mesita de noche. Dos copas de vino, una cerveza a la mitad del vaso y el resto en la lata donde se leía «Medalla», cerveza nacional de aquella isla.

Una mano sobre el cuerpo; la otra, fuera de la cama, cayendo como un aguacero rojo. La mirada fija como un cuadro de Picasso y el cuerpo flácido como una vela derretida. La luz de la habitación era intermitente y se columpiaba entre las cuatro

paredes de la habitación. La ventana estaba rota robándose las almas hacia el paraíso.

La volvió a ver. Pero ella seguía, ahí, estática como un mueble. Las manos ya habían dejado de temblar. La mirada perdida como un carnaval. Todo era silencio en la habitación, lo único que se movía era la luz del cuarto por todas partes. La había oído reír, brindar, decir unos murmullos a la luz de la luna en aquella habitación como de costumbre. Por ello, no le dio importancia al triste hecho. Pensó que había sido otro desacuerdo de la pareja que alegremente compartía esa noche. Alguna vez pensó que los cuadros eran extraños. Algunas veces se mueven de posición dejando escenas como esta. Un Goya en el piso. Un Picasso en la silla y un Campeche sobre la cama de la mujer flácida, lúcida, alocada, rectilínea, enmarañada, matemática, exponencial.

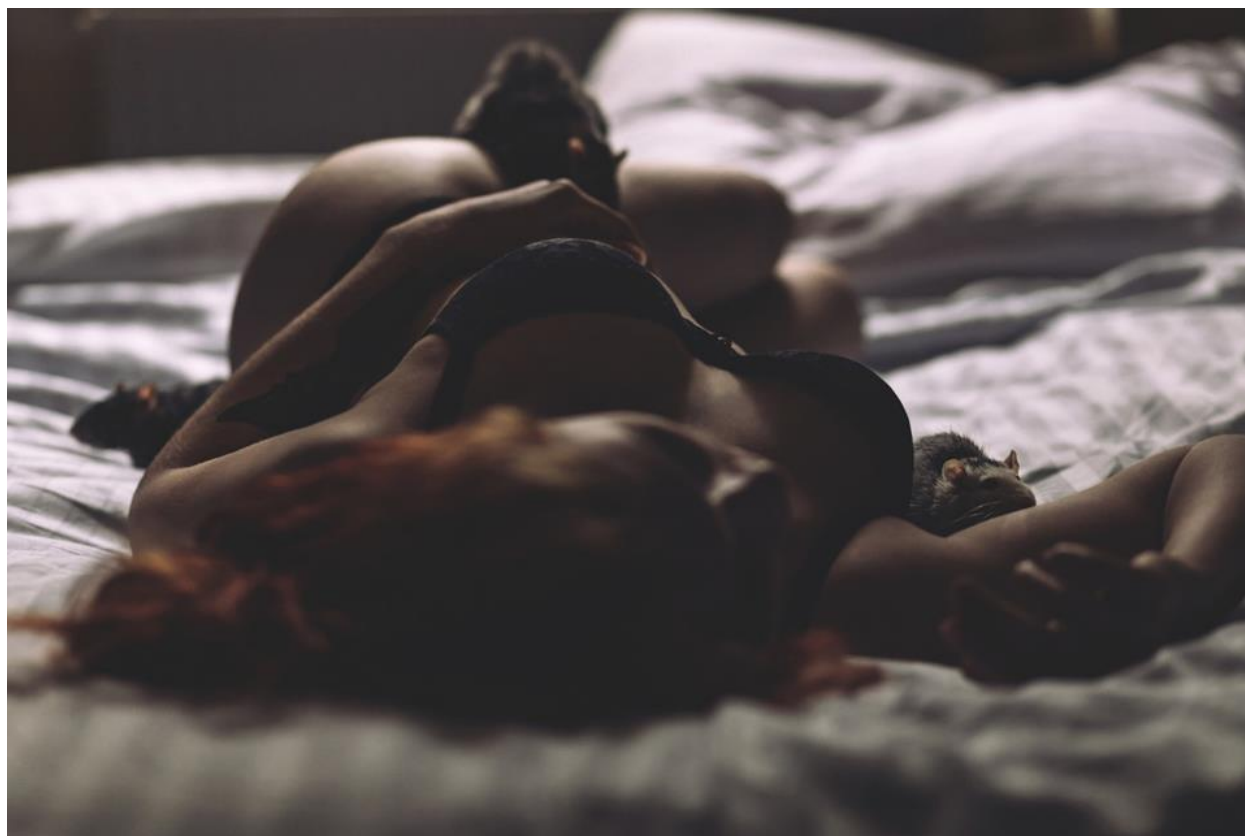
Luego reflexiona. Piensa, en lo impensable: ¿Quién lo había hecho?, ¿Por qué la ventana está rota? El cuerpo le temblaba, no sabía cómo acercarse. Luego una idea floreció en su mente. Debía llamar a la policía. Titubeó, no podría decir que él la había asesinado. Sí, pero aún no sabía si está muerta o si en las últimas horas la habían matado. Había que observar de nuevo la escena para comprobarlo. Ella tenía siempre un sueño muy pesado. Lo había comprobado cuando compraron la casa. Después de la mudanza, los ingenieros de la Autoridad de Acueductos y Alcantarillados taladraban un hoyo en frente de la casa para una reparación inmediata; y ella, no despertó con tanto ruido. La mujer siempre fue así, dormilona como una estatua, fría como la noche, y blanca, blanquísima como una sábana.

La volvió a ver por el roto de la puerta. Estaba allí colocada de la misma forma, con la mirada perdida dirigida a la ventana. Tenía la piel como un pedazo de mármol. La mujer indicaba y señalaba una salida de la cama que nunca se cumplió. La luz ya menguaba en la habitación y casi se detenía. La luz oscilaba lenta, taciturna y en círculos. Sobre la mesita de noche se observaba el limón, las dos copas de vino y la mitad de la cerveza en el vaso. El aire de la ventana recién abierta por el hombre golpeaba ligeramente el cuerpo de la mujer sobre la cama. Los ojos de ella seguían fijos como cuando se detiene un reloj.

Entonces se oyó un ruido estruendoso, abrió los ojos y descubrió que la mujer pudo haber muerto esa noche mientras dormía, pero no recordaba nada del incidente. Las manos las tenía viscosas, adoloridas por la artritis y pesadas como un huracán cuando entra a un puerto y todo lo levanta y lo destruye. Se detuvo. Pensó por un segundo, lo impensable. ¿Quién había matado a la mujer? Se aseguró que no había sido él, o tal vez, esa noche de copas había perdido la cabeza, y sí, la mató. Los cuadros de la habitación lo señalaban a él como las múltiples figuras que están en ellos mismos. Observó como todos los dedos de los cuadros se hacían más grandes y los señalaban, así con el dedo, todos con el mismo dedo, con el índice, con la mano derecha, luego con la izquierda. Las figuras daban vuelta, se retiran, se acercaban, zigzaguean por y sobre la sangre del vaso, que lentamente se transformaba delante de sus ojos en el lápiz labial del vaso donde hacía unas horas la mujer había tomado el primer sorbo de cerveza.

La vio por el roto de la puerta. Estaba sobre la cama como siempre, pero esta vez, era diferente. Estaba rectilínea, matemática, como una ecuación sin resolver. Miró despacio, la imagen le provocaba pavor, se negaba a ver a la mujer en aquella forma y sin aliento. Entrecerró los ojos y los volvió a abrir despacio, y rápidamente, se frotó los ojos con los dedos de las manos y miró nuevamente. La mujer seguía inmóvil como un cadáver. El pánico lo aturdiría. La luz del techo de la habitación había terminado de oscilar y la luz casi terminaba de paralizarse. Aturdido comenzó a llorar porque no podía creer lo que estaba viendo. La mujer entreabrió los ojos y sonreía. Pensó que se estaba volviendo loco. Estaba viva o estaba muerta. Decidió cerrar los ojos y volver a abrir. Entonces y solo entonces, descubrió que la mujer lo miraba fijamente y le dijo:

—¡Qué noche, papi, qué noche!



La charrasca roja y otros cuentos / Iván Segarra Báez. —1ª ed. — Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Autores de Argentina, 2021. ISBN-13: 978-987-87-1456-1. 1 Narrativa Argentina. 2. Cuentos de Ciencia Ficción. I. título CDD A863

La charrasca roja y otros cuentos (2021) Dicen que la historia de los cuentos de Latinoamérica es muy larga. Que los cuentos se hicieron para contar historias de mucha gente. Estos cuentos son antiguos y fomentan la historia de muchas naciones y pueblos. Esta es la historia de un pueblo pequeño amarrado e intervenido por la historia de la tierra y la desesperación de ser narrado y no olvidado. Todas las historias son de América como aquellas del Caribe en donde comenzó todo. La charrasca roja es una de ella, comienza en una ciudad determinada.

Las palabras*

Buscando los poros de tu sueño,
amaneciéndome los cielos y los días,
bájame —¡Dios mío!— las palabras,
para llegar al pozo sagrado de tu alma.

Adorméceme el ruido de mi boca
y ponme palabras nuevas
que lleven a otros a tu casa.
Por arriba y por abajo
andan los geranios de tu huerta.

Consuélame en la última esperanza,
antes que el día se duerma con la noche
sobre el yugo de mi cuerpo
colócame el aliento de tu nombre
—y en la última palmera de mis hombros—
acaríciame como la tierra mansa de tu huerto.

Bájame —¡Dios mío!— las palabras,
para impulsar el aliento de mi boca
y gritar a los cuatro vientos:
«Que Tú eres Dios
sobre todas las cosas
del planeta».

Arrópame con el trigo de tu alma
y dame la palabra bien amada
que me lleve a tu gracia

de ambrosia, dolor y muerte
al pensarme tanto
en el madero de esta vida.

Bájame —¡Dios mío!— las palabras,
para llegar al huerto prometido
de tu alma.

*Iván Segarra-Báez, Premio Nacional de poesía Hiram Sánchez Barreto, Casa Yaucana:
Taller de Investigación y Desarrollo Cultural (Taíndec), Inc., mayo de 2020 en Yauco,
Puerto Rico.





Iván Segarra Báez. (Puerto Rico, 1967).

Catedrático Asociado del Departamento de Estudios Hispánicos de la Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico, Recinto de Ponce. Es escritor, cuentista, poeta, novelista y ensayista. Ha publicado varios libros de poesía: *Candela* (1997), *Entre tu cuerpo y mi alma* (2000), *Hay*

veces que llora el mar (2001), *El huerto de los salmos* (2003), *Ante la luz de un amor prohibido* (2005), *El libro de la Yoruba* (2016), *Los hijos del desastre* (2017) *Poemas a tibia voz* (2018), *Marinero del viento y la ceniza* (2018) y *La clarividencia del ser humano en su laberinto* (2019). Las novelas: *El guardián de la lujuria* (2002), *La república del generalísimo* (2004), *Puerto Esperanza* (2012, 2019) y la novela *El cañaveral* (2018, 2019 y 2020) la cual se ha traducido a varios idiomas: alemán, francés, portugués, italiano, holandés, polaco e inglés. Ha publicado el libro *El lenguaje bicameral de la palabra* (2008) con la Editorial Cambridge Brick House de Massachusetts, E.E.U.U. y el libro *La isla y otros cuentos* (2012) con la Editorial Balam de México. Su novela *El guardián de la lujuria* obtuvo Libro de oro por la Editorial Univerzon de Italia en 2003.

El sol aún me indica a ti y Cristo Planetario Buda Maitreya por Beatriz Mayté Santiago Ibarra

EL SOL AUN ME INDICA A TI

Hoy cuando salí de la universidad
El sol me indicó a ti.
Hasta las palmeras acomodaban las miradas,
Tal cual las de Long Beach...

Esta distancia en vez de alejarme más,
Desapegarme de ti,
Se precipita en el globo terráqueo,
Liviana, candorosa
Y
Riéndose
De ese “verdadero” plan telúrico en mí,
Hace.

Hoy cuando “Nano Blue” giró
Fuera del estacionamiento,
El imán del silencio iluminado
Suscitó la poesía – sol
Y
Yo la esperaba.



CRISTO PLANETARIO BUDA MAITREYA

No deseo “lobha” (1)

Ni “dosha” (2),

y

menos “moha” (3)

Deseo al Cristo Planetario, Maitreya.

-Yo quiero a Buda.

-Yo Soy en Buda (la conciencia plena).

Maitreya; (el todo).

¿En cien años la Iluminación?

¡No! Yo Soy Samyaksambuda. (4)

¡Aquí y Ahora!

(1) Ansia

(2) Aversión

(3) Confusión

(4) Buda meditativo y pleno





Foto de Johnny Betancourt

Beatriz Mayté Santiago-Ibarra es escritora y crítica de arte. Obtuvo el bachillerato y maestría en Literatura Comparada de la Universidad de Puerto Rico, la Maestría en Artes y Literatura del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe y un Doctorado en Filosofía y Letras de dicho Centro en pacto académico con Universidad de Valladolid, España. Se desempeñó en calidad de Especialista en Asuntos Culturales y Coordinadora Editorial de la Editorial del Instituto de Cultura Puertorriqueña. Es miembro del Pen Club de Puerto Rico y de la Asociación de Críticos de Arte, ratificado su nombramiento en París, Francia. Algunos de sus libros son: *Siembra para no decir adiós*, *Versos de anafre a mi abuela*, *En el silencio de las desgarraduras*, *Trásfuga de mi existencia*, *El asesinato de Casandra Ramírez*, *El último centauro* y *Cuentos para no atreverse a contar, pero los cuento*.

La jaula azul y Miss Urban Queen Por Carlos A. Barreto

La jaula azul

Nunca me había parado a observar detenidamente al pájaro. Desde que Antonio se fue hace dos meses, dejó de cantar. Estaba mudo. Yo me había limitado a ponerle la mezcla de semillas que disfrutaba comer y a cambiarle el agua. Después lo ignoraba hasta que me tocara volver a alimentarlo cada dos días, tal y como Antonio lo hacía. Ahora que tenía más tiempo, leía en la sala durante las tardes y lo observaba. Un pájaro de un plumaje verde y amarillo, ojos pequeños, patas arrugadas y un pico cartilaginoso y puntiagudo. Pero había dejado de cantar. ¿Por qué no cantaba? Ante la duda, dejé mi lectura a un lado y me acerqué a su jaula.

—Canta —le dije.

Me acerqué más a ver si me reconocía.

—Canta.

Acerqué mi cara a la jaula. Cerré los ojos.

—¡Canta! —grité.

Cuando me miré al espejo, tenía los dos ojos morados. Me dolía el rostro. Otro golpe. Esta vez no tuvo compasión y me pegó en la cara dos veces.

—¡Canta, maricón! —volví a gritar.

Tomé el estropajo y lo pasé ligeramente por las varillas que componían aquella jaula de mediano tamaño. El pájaro no se movía ni dejaba de mirarme. Pasaba el estropajo de arriba hacia abajo. Sacaba toda la pelusa que podía.

—La mesa está sucia —dijo.

—Limpié ayer.

—No es ayer solamente —me respondió agarrándome por el cuello—. Es todos los días. Tú sabes que soy asmático.

—Perdón —dije casi asfixiada.

Cuando terminé de sacarle el polvo a la jaula, tomé el jarrito de agua. Estaba sucia. Le estaba colocando agua limpia cuando de repente abrió su pico y me dio dos picotazos en el dorso de la mano. El jarrito cayó al suelo. Cuando me miré, sangraba levemente.

—Gracias a Dios que la fractura fue leve —dijo el doctor.

—Una imprudencia, doctor —respondí.

—Bueno, con este yeso, ya en par de semanas estarás bien.

—Estoy confiada en que sí.

—¡Ingrato! —le grité al pájaro—. ¿Por qué coño no cantas? No tengo paciencia. Te quedas sin agua; así aprenderás a respetar a la que manda en esta casa.

Mañana tampoco comerás para que sepas bien quién manda en la casa.

Me fui a dormir con la conciencia perturbada. ¿Qué culpa tenía ese animal de vivir en una jaula? Quizás debía liberarlo. Respiré profundamente. No lo iba a liberar. Todavía no estaba preparada para dejarlo ir. Oré toda la noche; no sé cuántas veces hasta quedarme dormida.

Me levanté temprano. Tenía que ver a la psicóloga. Preparé un desayuno rápido. Miré la jaula. El pájaro estaba comiendo. Rompía las semillas con una agilidad increíble. Volvía a sumergir la cabeza y escarbaba buscando algo más que le gustara. Cuando regresé de la cita, el pájaro se había desplumado. Quedé helada, pegada a la pared azul de la entrada. El ave me miraba. Pensé que su acción habría sido por despecho o tal vez por no haberle puesto agua.



—¡Hija de puta! —me dijo agarrándome por los cabellos.

—Suéltame, por favor, no me hagas más daño. Te juro que el agua estaba limpia, te lo juro.

—¡Cabrona inútil! —me insultaba mientras me arrancaba los cabellos.

Miré alrededor de aquella sala pintada de azul que componía mi lecho. El pájaro me seguía con la vista. El azul de las paredes hacía contraste con aquel pájaro desnudo. Me fui deslizando lentamente por la pared hasta caer al piso.

—¿Te gusta mi cuerpo desnudo?

—Me fascina, Antonio.

—Ven, toca mi pecho.

—Eres un Adonis, Antonio.

—No te oigo.

—Eres un adonis, Antonio.

—¡No te escucho!

—¡Eres bello, hermoso, perfecto!

—¡Ramera! Sabe Dios a cuántos les habrás dicho lo mismo.

Me quedé dormida. Cuando desperté, el pájaro estaba mirándome. Sentí miedo. ¿Cómo pudo desplumarse? La jaula entera estaba llena de plumas. Una mezcla de colores. Toda la sala pintada de azul. Desde que él se fue no se me había ocurrido cambiarle el color.

—La pintaremos de azul, mi amor —dijo una vez.

—Es precioso ese color.

—Es el que me gusta, y eso es suficiente.

—Claro, mi amor, si eso te hace feliz.

—Algún día te darás cuenta del hombre que tienes a tu lado.

—Pero si yo te amo, Antonio.

—Demuéstralo, entonces.

—Se pintará de azul, Antonio.

—Gracias, Laurita mía, gracias.

Caminé hasta la jaula y le abrí la puerta.

—Vete, eres libre. Vuela.

El pájaro no me hacía caso. Me fui a la cocina y le dejé la puerta abierta.

—Ya entenderá y él mismo se irá. Saldrá al balcón y de ahí alzará vuelo lejos de aquí.

Me preparé un té. Cuando me volteé para volver a la sala, el pájaro estaba mirándome, de frente, parado en el *counter* de la cocina. Del susto se me cayó la taza al piso. El ave abrió las alas y se lanzó sobre mí. Empezó a darme fuertes picotazos en la cabeza. Me cubrí el rostro. Trataba de agarrarlo, pero era inútil. Como pude, me zafé y corrí hacia el cuarto. El pájaro voló tras de mí. Entré y me encerré.

—Abre la puerta, Laura.

—¡Déjame, abusador! —grité.

—Abre la puerta antes de que la tumbe y te mate.

—Por favor, vete, vete... —pedí llorando.



El pájaro picoteaba la puerta. Me armé de valor. Fui al clóset y saqué de allí un palo de golf de los que había dejado Antonio. Abrí la puerta. El pájaro estaba agitado volando por toda la casa. Parecía un huracán estacionado en mi hogar. Me interné en la

ventisca que formaba y cuando se me acercó le di un golpe en la cabeza. Cayó al suelo y me le acerqué con miedo. Aún estaba vivo, pero no se movía.

Lo cogí con mis manos y le apreté el cuello. El pájaro empezó a graznar y a mover las alas. Abrió sus ojos grandes y al rato dejó de respirar. Lo dejé muerto en el piso. Yo estaba agitada, confundida. Me senté en el mueble y respiré profundo. Miré la jaula; nunca la había observado tan detenidamente.

Miss Urban Queen

¡Uff! ¡Qué calor! Estas luces del “stage” me ahogan. Siento que el maquillaje se me corre. Yo espero que no se me arruine el pelo, porque mira que hice todo lo posible por ocultar un poco de dónde vengo. Luego de tanta controversia en mi país, que si tiene la nariz chata, que si es chumba, que si no nos representa, y muchos comentarios más, lo correcto era alisármelo. Tenía que disimular un poco este lastre caribeño que me persigue a todas partes donde compito.

Miro aquel escenario lleno de beldades, pero solo veo a aquella chica caribeña, alta, negra...

La prensa de mi país se encarga de promover todo tipo de mofa y crear controversias. Yo no fui la excepción. Pero el sudor que me sale aquí en este país tan extraño no ha cooperado. Con tanta ciudad espectacular, no sé por qué vinieron a hacer este concurso tan lejos y más con tanta controversia política que hay en estos países tercermundistas. Este olor a tristeza y pobreza en las calles. Sin duda, no era lo ideal para este evento. Y más con el calor que hace aquí, maldita sea. Yo parezco que estoy más en un “Survivor” que un concurso de belleza.

El presentador se prepara para llamar a las semifinalistas. Yo voy a ella, a la chica negra, a la del «pelo malo». Su entrevista fue la mejor.

¿Cómo va a ser que esa chica haya entrado al cuadro semifinal? Claro, medir 5'9" ya es ventaja, pero no tiene nada hecho. Claro hay que ver del país de procedencia. Yo al menos vengo lista: tetas hechas y dientes nuevos, aunque se haya sacrificado el semestre de mi hermano en la universidad. No importa. Yo vine aquí a ganar y a llevarme esa corona. Con lo único que no se pudo trabajar bien fue con el pelo. Así me lo dijo el estilista sin que le quedara nada por dentro: "«Mija», tienes el pelo malo, malo, malo, y ni la keratina te ayuda". Ese día me di cuenta de que llevaba lo de negra bien marcado y que eso me iba a traer problemas grandes en la vida.

Sigo observando cómo las van llamando y ellas pasan al frente. Blancas, rubias, asiáticas, pero la negra todavía no; la negra del pelo bello no ha sido mencionada. Ese pelo digno de una reina caribeña, una musa para Luis Palés Matos.

¡Qué calor, coño, y no me llaman! Van cuatro, pero tranquila, las favoritas siempre las llaman al final. Al menos eso dice mi manager. Y qué raro que haya salido esa que ni sabe inglés. Hablé con ella dos veces y parecía más un «Zudoku conversation» que un coloquio. Al menos yo hablo dos idiomas... Pero, qué más da, si en mi país la gente ni se preocupa por aprender a hablar. Hablan inglés «masticao» y luego tú los ves que ponen en las solicitudes de empleo que son "fully bilingual". Con tanto nene «colgao» donde yo vivo. Estoy loca por irme de allí. Esta es la oportunidad de mi vida. Ganarme esta corona, ser actriz y largarme de mi país para siempre.

Le doy todos los puntos que puedo a la candidata negra.



¿Cuántas van? Seis, siete, okay, tranquila que tú estas adentro. Yo me he preparado con lo mejor. Los fogueos fueron intensos y la dieta la mantuve como era. Más flaca no puedo estar. Lo único que me preocupa es el pelo este. Esto es culpa de papi que viene del sur donde solo hay negros y nada más. Si este pelo se encaracola en pleno concurso de seguro que se arruina todo. Ningún juez va a mirar una «pasúa» por más set que esté.

Sigo mirando a mi favorita. Es una diosa; negra como los esclavos que llegaron a formar a mi país, como cada uno de nosotros...

No me llaman, coño.

Orgullo patrio...

Wow! Esta otra ni me la esperaba. Esa chica no dice nada. No sabe ni caminar. No puede ser. Esto me preocupa; que me dejen afuera a mí que tengo más atributos que muchas. Bueno, pero siempre en estos concursos escogen a dos o tres feítas para balancear la cosa y que no digan que está comprado.

Sigo atento a lo que está ocurriendo. Pienso que cuando soy jurado siempre llama mi atención la diversidad de razas, los colores de piel, la bondad, el querer triunfar...

Bueno, a las favoritas aún no nos llaman. ¿Cuántas van, Dios mío? No quiero imaginar los periódicos si no hago el cuadro semifinal. Lo mal que la pasó la Miss anterior que me coronó cuando se quedó «guindá». Ya puedo imaginar la forma en que me destruirán y dirán que mi traje estaba horrible. Sí, porque si no llevas un trajazo, no sales. La inteligencia pa'l carajo; lo que importa es cómo te veas. No es que mi traje esté tan mal, pero ese fue el único diseñador que quiso. El color nunca me gustó, y nada más me pudieron hacer un traje de noche cuando la costumbre es que sean dos para impresionar en la final.

¡Qué hermosa se ve en ese atuendo amarillo que le resalta el color de piel! Negra hermosa.

¡Qué maldito calor!

Ya casi llaman a las que faltan...

Ahí va esta otra. Tanto «guille» y una teta le quedo más alta que la otra. Y tanto que jodió, para que la dejaran cambiar el traje a última hora. Carajo, qué mucho público tiene esta. Estos asiáticos están por todos lados. En mi país poco falta para que empecemos a hablar mandarín de tantos que hay. Y cómo viven, de diez a quince en un mismo sitio. Y el español que hablan. A mí me da gracia cada vez que me encuentro con uno. No se les entiende nada y todos se parecen... ¡Qué mierda! Me jode esto de que me llamen a lo último y ya siento el “pancake” en la cara. Me bajan chorros... Tanto que se jodía mi abuela para que yo siempre tuviera el pelo alisado y no se burlaran de mí en la escuela y ahora este calor me hará perder... Odio ese barrio donde nací. Papi nunca hizo nada por sacarnos de ese sitio horrible. Por eso me quiero ir y espero que este sea mi trampolín hacia el éxito.

Solo dos puestos y culmina todo para muchas...

¿Qué estarán buscando los jueces este año, maldita sea? No me explico. Solo quedan dos lugares. Dios mío, que me llamen. Yo no vine aquí a pasar vergüenzas. Y la gente en mi país es fuerte. Bendito, mami que invitó a medio mundo para casa. Qué bochorno si no salgo. Se me sale el corazón. Me tienen que llamar, coño. ¿Habrá sido la entrevista? ¿El traje de noche? Yo siempre dije que no fuera amarillo porque me resalta lo negra. Debí haber sido blanca, y ya estaría adentro.

Las candidatas no elegidas van saliendo del escenario. Todos ven que una de ellas se quita la banda representativa con el nombre de su país y la lanza al piso. Acto seguido

la pisotea en un berrinche jamás visto en la televisión internacional. Es la negra hermosa que no me explico cómo no entró al cuadro semifinal. Pero las indicaciones al jurado fueron claras: “Solo fíjense en el pelo. Este año la corona es nueva y viene de un diseñador europeo bien famoso. Lo que más encargó fue que su creación luciera perfecta en la cabellera de la reina porque de lo contrario no habría negocio para el año entrante”. *Siempre me pasa lo mismo. ¡Me cago hasta en mi raza!*





Carlos A. Barreto es neurólogo y escritor. Actualmente, además de ejercer su práctica privada, acaba de terminar una maestría en Creación Literaria y está próximo a acabar otra en Economía. Cultiva varios géneros literarios. Es autor de *Lombrices muertas* y *Susurros de la pandemia*. Dentro de poco sale su nuevo libro titulado *Legally mija!*

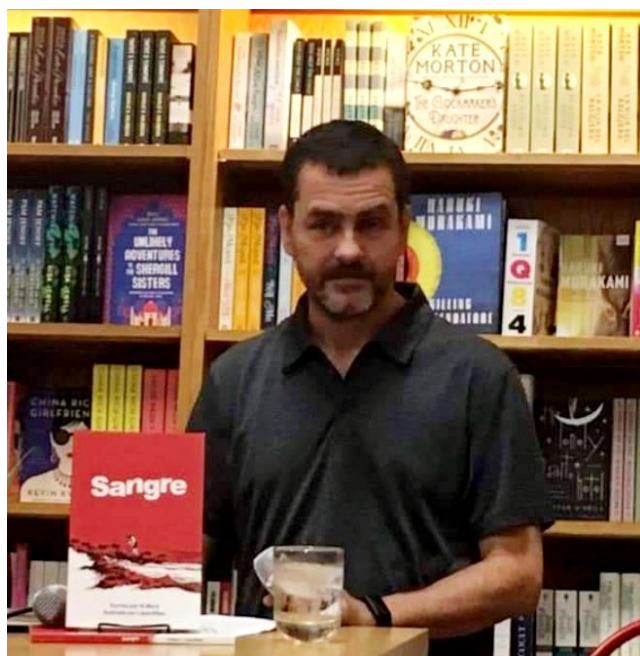
El viejo bien viejo Por Ricardo Martí Ruiz

Pues la verdad es que si no fuera por la existencia del viejo bien viejo yo sería el mayor anciano de la región. Tengo 168 años de vida y te juro por todas las madres que ese viejo lleva siendo bien viejo desde el día en que nació. Tanto es así, de hecho, que uno de mis primeros recuerdos de infancia fue tener que cuidarlo. Me mandó mi tatarabuela a su choza mientras ella salía a pasear con sus amigas. Y ahí lo tuve en frente, tal y como está ahora y como lleva siendo desde Dios sabe cuándo; porque la cosa es que el viejo bien viejo es tan y tan viejo que nadie sabe cuánto tiempo lleva ahí. Por eso todos le rezan, sospecho, porque piensan que es milagroso, supongo... Le traen todo tipo de flores y decoraciones exóticas para celebrar su incapacidad de morir, adivino, pues la máquina que tiene conectada en su cuerpo corre con energía solar y funciona muy bien.

Hace un tiempo un equipo de seres prestigiosos provenientes de las profundidades vino a visitar nuestra aldea en la superficie porque querían saber del viejo. Trajeron una lingüista especialista en humanos para descifrar los agonizantes lamentos que emitía, pero ella renunció a su puesto de solo verlo. Sin embargo, en la visita también detectaron un artefacto pequeño, sencillo, que el viejo guardaba en la gaveta a su lado. Era un contenedor antiguo de información binaria, de una pulgada, común durante la era normal, que estudiaron sin demora.

Ahí descubrieron un testamento sencillo que contenía el siguiente mensaje:

“Por favor, si me pongo malito, no me dejen sufrir mucho tiempo”.



Ricardo Martí nació en San Juan Puerto Rico en 1970. Es autor de *Cuentos tan cortos que no aburren*, *Callelena*, *Pajas*, *El Finalito*, *Sangre*, entre otros. En el 2014 egresó con distinción unánime de la Maestría en Creación Literaria de la Universidad del Sagrado Corazón, y ahora está completando su primera novela.

La habitación Por Olga Vega Fontáñez

No había hombre más elegante en todo el edificio. Así pensaba Mario sobre su amigo el doctor. Mario recién llegaba a aquel lugar; joven, frágil y solo. Habitaba un pequeño cuarto en un inmueble en la ciudad. Un lugar algo inhóspito para su gusto, pero lo suficientemente cómodo para alejar los fantasmas del pasado. Una cama, dos sillas al pie de la ventana y una pequeña mesa de noche en el lateral. El marfil de sus paredes era el lienzo perfecto de un nuevo comienzo.

La atracción no era sexual, de hecho, Mario nunca había sentido atracción por hombre o mujer. Mario admiraba al doctor. No fue hasta que un novel virus dominó el planeta, que la relación tomó otro rumbo. La ciudad se detuvo y Mario con ella.

Mario pasaba los días frente al marco de su ventana, en distanciamiento, mirando la desolada vía, como película de misterio donde el vacío es presagio de una catástrofe; cuando lo volvió a ver, ahí estaba su doctor. Se habían cruzado sólo una vez, Mario recién llegado, en un encuentro furtivo en el elevador. Era su héroe, un héroe que miraba desde aquella torre, a través del marco de su ventana. Desde entonces lo esperaba todas las mañanas.

Mario convirtió el encierro en una novela romántica, en una fantasía seudo caballeresca. Esperaba a su doctor todos los días, café en mano, ansioso por escuchar las aventuras de esa noche. Mario le hacía cuentos del pasado, de su familia y de todos sus amigos. Ambos reían, tenían mucho en común. Por la tarde descansaban, y en la noche comían algo liviano. Luego lo despedía, desde el marco de su ventana. La relación iba creciendo y algo extraño en la mente y corazón de Mario.

Un día, ansioso y agobiado por la soledad, en un ataque de ira, reclamó a su doctor. Había llegado tarde, y a fuerza de golpes quería entender los motivos de su demora. Luego de un par de gritos, dio cuenta de su error. Lloroso y arrepentido suplicó:

-Perdóname, por favor, perdóname. Lo siento, no lo vuelvo a hacer, no lo vuelvo a hacer. No dejes de venir...

Habían pasado tres meses y a pesar de las conversaciones matutinas, Mario se sentía perturbado. Una noche tomó sus habituales pastillas para dormir. Padeecía de insomnio y otra serie de condiciones cuyos remedios llegaban a su habitación; vivía una nueva realidad. Esa noche Mario tuvo la peor de las pesadillas, soñó que nunca, nunca volvería a salir de ese lugar...

Ese día al pie de la mañana, decidió salir. Había observado cómo se enfrentaba la nueva realidad, con suma protección, como escudo ante una vulnerabilidad evidente. Así, luego del café, Mario salió. El inhóspito pasillo ya no le provocaba temor, estaba decidido. Quería explorar el mundo que le habían negado y de paso verlo a él. Sabía que estaba en algún rincón de aquel edificio. No le tomó mucho tiempo, pues sabía su hora de llegada. Así que allí, en el pasillo, muy cerca de su habitación lo vio. Mario quedó atónito, un movimiento de cabeza le decía que su doctor lo recordaba, seguro le sonreía, pero la máscara en su rostro no dejaba ver su seguramente blanca sonrisa, era perfecto. Mario lo siguió con la mirada y lo vio entrar a una habitación. Ese día supo dónde encontrarlo.

Esa noche Mario, por más pastillas que tomó, no pudo dormir. Pensaba en su doctor, le hacía cosas indecibles. Había descubierto emociones y sensaciones inéditas para él. Hasta ese momento, Mario no había aceptado su sexualidad, ni siquiera pensaba en ello, era algo que había bloqueado, que no tenía espacio en su cabeza.

Al día siguiente, Mario estaba dispuesto a todo. Esa mañana se levantó temprano, hizo sus quehaceres y salió. Dejó el café a medias, no hay estimulante más poderoso que el deseo y el amor... Se detuvo en aquella esquina, donde había visto a su doctor. Miraba desde la distancia la puerta entreabierta de aquel apartamento, curioso cavilando sobre

el misterio que albergaba aquella habitación. Estaba decidido, no había marcha atrás. Era lo que deseaba y por vez primera iba por ello.



Mario caminó unos cuantos pasos y entró a la habitación. La incertidumbre, la curiosidad y el miedo se convirtieron en sorpresa; la habitación era exactamente como lo había imaginado, una cama, dos sillas al pie de la ventana y una pequeña mesa de noche en el lateral, era hermoso. Mario estaba perplejo, inmóvil. Podía oler su aroma e imaginaba a su doctor recorriendo cada uno de los rincones de aquella simple habitación. Una serie de gritos demenciales interrumpieron el éxtasis que le provocaba a Mario estar en ese espacio. Afortunadamente no era más que el vecino, un hombre extraño, desaliñado, que siempre vestía de blanco. Mario se calmó. Comenzó a inspeccionar el lugar. Estaba aturdido, pero no había mucho. Ensimismado, casi hipnotizado, miró a través del marco de la ventana como lo hiciera tantas veces, pero esta vez sin esa pesada incertidumbre. Divisó la mesa de noche, aquella en el lateral, de esas donde se guardan los más brumosos secretos. Sobre la mesa, una taza de café a medias. Caminó a ella y con

suma cautelada abrió su única gaveta. Varios papeles, un cepillo y una foto, una foto de él, de Mario... ¿Cómo era posible? ¡Una foto de él! ¿Su doctor guardaba una foto suya?, se dijo. No sabía cómo, ni por qué, pero su emoción era inmensa. Por vez primera vio la posibilidad de materializar sus más profundas fantasías. Mario lloró, lloró como nunca... Pero la dicha fue interrumpida ante el taconeo ascendente. Su doctor no podía encontrarlo allí, ¿qué le iba a decir? No podía socavar el vínculo que, según él, habían creado. Buscó donde esconderse. Aterrado, entró al armario, pero en el trájín, dejó caer la foto. Salió, la tomó del suelo y al volverse camino al armario, el rechinar de la puerta entumeció cada uno de sus músculos. El doctor estaba en a la habitación. Mario se detuvo. No sabía qué hacer. ¿Por qué había entrado a ese lugar?, se decía. Pero, ¿Y la foto?, pensaba mientras la apretaba cada vez más fuerte en su mano. Mario no entendía. Abochornado y en busca de explicaciones giró lentamente, conteniendo la ira por la vergüenza de haber sido atrapado en semejante afrenta. Estaban cara a cara, él y su doctor.

-Mario, le dijo.

Mario no dijo nada, quedó inmóvil y aturdido, vio a su doctor, miró a su entorno y poco a poco fue reconociendo cada detalle de la habitación. Triste y desolado, impulsado por sus más primales instintos, empujó con furia y deseo al doctor, con tal fuerza que se golpeó con el borde de la cama y cayó al suelo. Procedió a salir cuando escuchó ruido en el pasillo. Asustado, como criatura indefensa, agarró una de las sillas. Entre el coraje y la ira de tan terrible desenlace acudió a la ventana, quería escapar como animal enjaulado que al fin ve una posibilidad. Se detuvo por varios segundos, vio su reflejo... una lágrima bajó por su rostro y comenzó a golpear la ventana con rudeza, con la silla de metal, una y otra vez, una y otra vez contra el cristal, hasta que no le quedaron fuerzas...ya no supo más.



Al siguiente día Mario despertó en la habitación. La foto estaba en la mesa, con una serie de papeles bajo esta. Allí estaba su doctor.

Mario había permanecido los pasados tres meses en el sanatorio, víctima de una psicosis severa. Había inventado un mundo para calmar su ansiedad, pero su ansiedad había sobrepasado los límites de la cordura. Todas las mañanas su doctor lo visitaba mientras Mario tomaba el café, era su consulta del día, era su primer paciente. Mario estaba encerrado. Ahora había salido de su ensueño, de su fantasía, de esa realidad alternativa a donde había escapado para no lidiar con su realidad. Consciente de que todo había sido una fantasía miraba su habitación-una cama, dos sillas al pie de la ventana y una pequeña mesa de noche en el lateral-miraba a su doctor, miraba al espacio, miraba el marco de la ventana. Ni en sus fantasías, en esa realidad alternativa que había creado, lograba materializar sus más profundos deseos. Y así pasaba los días Mario, mirando a través del marco de la ventana, estaba solo, solo como siempre.



Sobre la autora

Olga Vega Fontáñez es dramaturga, productora, directora y actriz de teatro, destacándose en la dramaturgia en los pasados años. Entre sus piezas se destacan: “De Brocha Gorda”, “Temporada Baja”, “El monumento, Anónimo”, “31-12-1986”- una pieza sobre la tragedia del Dupont Plaza-“El ojo”, “La niña” y “Homenaje en las tablas a Julia de Burgos”, pieza que se presentó en el Teatro Tapia en San Juan, en Utuado, Vega Baja y en el Festival de Mujeres sobre las Tablas en Nueva York en el año 2016”. Ha participado en diversos Festivales con piezas de su autoría como el Festival Al Fresco, Leyendas Urbanas, y por dos años consecutivos en la Muestra teatral del Círculo puertorriqueño de dramaturgos y dramaturgas del siglo XXI. En el 2019 estrenó su blog, **acotaciones.com**, una compilación de diversas piezas teatrales, crónicas y cuentos de su autoría.

El sueño de los iletrados *Por Eiric R. Durändal Stormcrow*

Los dos hombres erectos miran a la mujer erecta mientras hace sonidos guturales, pero como no la entienden, regresan a su faena de pelar la piel de los tubérculos con las manos. Luego, destripan ardillas que han encontrado muertas en las afueras inmediatas de la cueva. La mujer, furiosa, se echa varias uvas a la boca. Aquello lo recibe en los extremos laterales de su mandíbula y, por un momento, se olvida de que no sabe cómo expresar lo que siente.

De repente, hace dibujos en el suelo con una rama seca. Los hombres la siguen con la vista. Reconocen la figura de un animal como bisonte y otro hombre erecto, especificado como el del otro grupo que vive en la parte más interior de la caverna, allá donde el sumidero se abre al cielo y las estrellas pueblan la noche. La especificidad recae en un dibujo de cicatriz en el brazo.

Uno de los hombres se levanta y le ofrece una papa a la mujer. Su delgadez se impone como marca de pura fibra muscular en un cuerpo cuyos vellos púbicos son tan largos que le tapan el sexo y el ano. La barba se encarga de lo demás. La mujer, de vello entre los senos y la vulva igualmente tapada, agarra la papa y se la lanza, conectándole en la frente. El flaco se va a una esquina y llora asustado. El otro hombre se levanta, cruza la corta distancia entre ella y el fuego, y le propina una bofetada. Este otro hombre es corpulento, musculoso, el sexo tan grande que se le escapa de la falda púbica. La mujer se levanta y le devuelve el golpe con una piedra. El hombre delgado observa desde las sombras, se excita con la sangre y se masturba en silencio. Esta noche comerán hombre erecto fresco y les agradecerán a los espíritus de la cueva dibujando figurillas amorfas en las paredes con la sangre del caído. Dibujarán bisontes, serpientes, árboles llenos de frutos. Y lo harán pensando en imágenes, porque sin lenguaje no hay voz interior.

—... —dice la mujer en determinado momento.

—... —le contesta el hombre delgado, asustado.

La mujer le ordeña el órgano diminuto y duro mientras le hurga la selva del ano. El hombre delgado se estremece y la mujer se lleva aquella crema blanca a la boca. Le sabe a clara de huevos reptiles y el agua de uno de los ríos subterráneos de la caverna. Tras aprobar su sabor, se introduce el resto en su vagina húmeda y olorosa a granos fermentados y dulces.

—... —dice el hombre.

—... —la mujer le responde con una caricia en su carne más vulnerable. Se quedan dormidos.

Pasan meses. La pareja erecta marca el tiempo por las estaciones, las migraciones de aves y animales del bosque, los frutos y, por supuesto, las interacciones con los otros grupos de la cueva. Le ofrece el ano de su compañero a varios hombres erectos del claro interior, a cambio de unos collares mágicos. Ella no sabe lo que es magia. Los demás tampoco. Pero uno de los collares retumba en ella, como latidos de un más allá, encima de lo indescriptible de la vida que le ha tocado vivir, no que ella tan siquiera entienda el concepto de vida. Cuando es por comida, se ofrece ella. Le da leche de sus senos a los infantes del otro clan, o se ofrece para masajear sexos y estimular próstatas, no que nadie sepa cómo se llama esa nuez al que solo se accede cuando las defensas se vienen abajo.



Un día, se encuentra de frente al hombre erecto de la otra tribu. El de la cicatriz. Ha regresado ensangrentado de una escaramuza en algún otro asentamiento homínido, particularmente, en las grutas circundantes del lago. Es el único en regresar. No hay forma de preguntarle por los otros. Las miradas lo dicen todo.

Pero la mujer erecta quiere saber. Necesita saber. Emite un gruñido que despabila a todos los presentes. Agarra una rama seca y dibuja una figura de hombre en el suelo.

–*iUru!*

Señala hacia su dibujo, que claramente se refiere a un hombre, dado lo que cuelga de entre las piernas.

Luego dibuja otros hombres con palos de madera afilados, que llamarían lanzas si tuvieran la tecnología para hacerlo.

–*Uhuru* –dice–. *Uru* –señalando a la primera figura homínida– *uhuru* –pronuncia mientras señala al grupo.

–*Uru... uhuru...* –repiten los demás, reconociendo que algo importante está sucediendo en esos momentos.

La mujer sonríe. Es instintivo. Ahora, dibuja un bisonte.

–*Ajoru* –dice, reconociendo que después que existan palabras o, mejor dicho, estas partículas que designan cosas y personas, cualquier cadena de sonidos es buena siempre que se recuerde y haya consenso. Lo hay. La muchedumbre repite sus creaciones con entusiasmo. El hombre delgado se integra. El lenguaje le va quitando los miedos.

La última figura que la mujer dibuja esa noche es de un pájaro gigante y eléctrico.

Al día siguiente, otra caravana sale de la cueva a recolectar frutos y cazar algún bisonte. La mujer los acompaña, junto a otras mujeres y niños que se dedicarán a las tareas más sencillas, como tender trampas a animales rastrosos y detectar la presencia de carroña, muy nutritiva para los más ancianos, sobre todo con la florecida presencia de gusanos y hongos de colores. A medio camino, el grupo es atacado por una manada de elasmoterios que huían en estampida por la presencia de un oso gigante. Una mujer y dos niños del grupo mueren arrollados. Nadie les llora. Lo que importa es saciar el hambre. Y desde ya reconocen la carne propia como la peor y más impráctica de las opciones. Matar a un animal siempre será más fácil, aunque solo por un poco. La meta es el lago al cruzar el bosque, ese lugar que ella dibuja la noche anterior y llama *ulukja*. Allí, un pájaro inmenso, del tamaño de una ballena azul, le come los intestinos al oso gigante que provocó la estampida. El pájaro, del tamaño de una isleta, termina de varios bocados, emite un

sonoro graznido y levanta el vuelo, provocando marejadas reversas y una nube de arena y polvo. Cuando la naturaleza se calma, la mujer erecta y su grupo emergen de su escondite. Recolectan bayas, dátiles, algún grano fuera de lugar y temporada y crustáceos del tamaño de una calabaza. Recolectan de lo poco que queda del oso y emprenden la travesía de regreso. Solo que tendrán que pasar la noche en el bosque. Cargan todo aquello en pieles secas que han traído consigo, las almacenan en una esquina del claro más próximo a la cueva y duermen el sueño de los iletrados.



Al día siguiente, los sacos de piel no están completos. El hombre erecto delgado se lo trata de comunicar a la mujer. *Agara mekuru*. Comida menos. O falta comida. *¿Ujuru mekuru?*, pregunta la mujer, sin saber que, con la invención de la oración interrogativa, ha creado la historia oral.



Eiric R. Durandal Stormcrow (San Juan, 1980) es un escritor y artista plástico boricua y queer. Ha publicado los poemarios: *Niños malcriados* y *La honra del Jabberwöck*, el libro de cuentos *Biografía de los planetas tristes y la memoria de sexo*, *Diario de una puta humilde*. Puede acceder su obra a través de linktr.ee/ERD_Stormcrow.

La canción triste de Eugenio Seragal Por Elidio La Torre Lagares

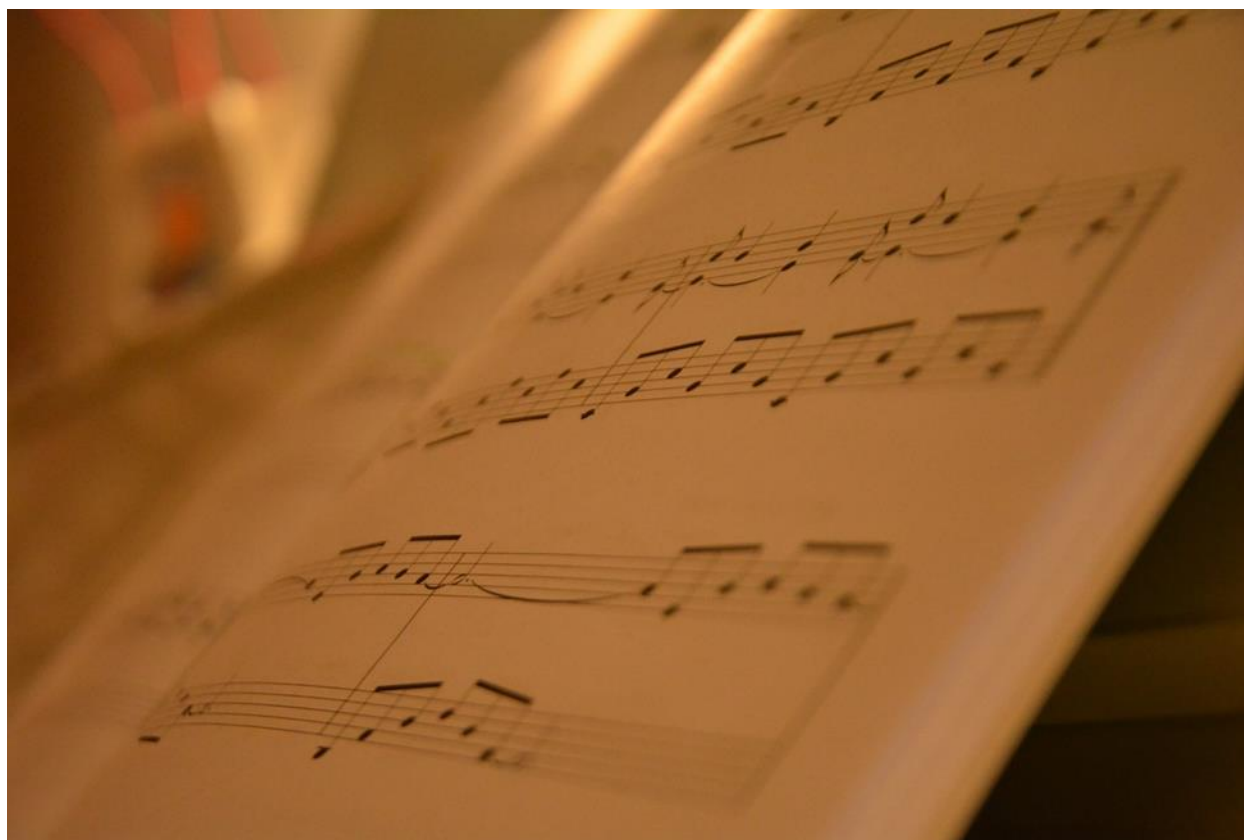
Se trata de una canción triste, compuesta sobre un desafecto imposible con la cual Eugenio Seragal intenta cantar acerca de un lugar árido y deshabitado de dolor. Los acordes transitan de mayor a menor con una suavidad lenta y viscosa, una droga sentimental que duerme en las venas mientras el poema que se presta a los acordes de un ansia devastadora. La pieza supone la metáfora minimizada de un mundo sin emociones, el mito mismo de sus carencias.

Eugenio aprendió a aceptar que le faltaba la piel correcta. Que carecía del timbre eficaz en el nervio exacto para saber lo que era una aflicción, pues, ciertamente, el mundo se construía de distancias errantes, pero aquella manera de existir solo podía ser aproximada por la composición musical que llevaba años elaborando y que aquella noche, por fin, liberaría como expresión del dolor físico y emocional que era incapaz de sentir.

¿Cómo dar palabra a lo que no se sentía? ¿Cómo sentir lo que no tenía palabra?

Eugenio quería componer una sinfonía que expresara tanto la pérdida del amor que no había podido sufrir como el dolor que no había podido llorar.

La idea, si bien bordeaba lo absurdo, no existía sin su cuota de ciencia. Los últimos años se había dedicado al estudio de los efectos de la música en la susceptibilidad humana, convencido de que, si a través del ordenamiento de sonidos se podían transmitir sentimientos de bienestar y paz, lo contrario gozaba de posibilidad. Y en efecto: pensaba que, por fin, había dado con la melodía que transmitía la imagen que él tenía de su dolor, el estreno de la pieza sería una buena manera de reaparecer en los mismos rincones donde una vez se convirtió en la figura de culto a la que muchos seguían desde la soledad de los *iPods*. Aún así, Eugenio Seragal no pretendía fama ni comodidades mediáticas, sino traducir en música lo que durante toda su vida lo había eludido: sentir dolor.



*

En aquellas horas sin Dios, guitarra en mano, esperaba que alguien entendiera la pesadez de aquellas letras inspiradas en el “Gloomy Sunday” de Rezsó Seress, composición que Eugenio casualmente escuchara por vez primera en voz de Bjork, y en cuya ominosa letra, originalmente titulada “Fin de mundo”, se escondía el poder de inducir al suicidio a todo aquel que la escuchara. En un domingo sombrío, junto a cientos de flores blancas, esperé por ti, reza la letra de la insidiosa melodía. El amor había muerto en la tierra. Devastaba. Eugenio, que no conocía el amor y, por ende, tampoco el dolor, pensaba que vivir con un sentimiento así equivalía a un estado de existencia baldía y estéril. Por ello, al crear su propia versión de lo que él imaginaba era tal dolor, anhelaba que el pánico escénico lo consumiera con el mismo fervor que deseaba un agujero en el corazón. El sufrimiento, deducía, estallaría como una bomba casera y el mundo comenzaría a dolerle de verdad.

¿Cómo decir el dolor si no lo sentía? Cuando una persona habla, la palabra hablada representa una mera fracción del proceso de pensamiento, que a su vez es solo una prenda para los poderes del alma que se expresan en la mente. El proceso del habla es uno de contracción y condensación y es una metáfora del orden en cadena de la creación. A todo esto, Eugenio leía y escuchaba sobre el dolor y envidiaba el sufrimiento.

En esa búsqueda de respuestas, Eugenio se dedicó por mucho tiempo al Sefer Yetzirah, a través del cual conoció la Cabalá teórica, la meditativa y la mágica. Se paseó por la primera, que en su forma actual se basa en el Zohar y se ocupa principalmente de la dinámica del dominio espiritual; la segunda ocupa el uso de nombres divinos, permutaciones de letras y métodos similares para alcanzar estados superiores de conciencia; y la tercera consiste en varios signos, encantamientos y nombres divinos, a través de los cuales se puede influir o alterar los eventos naturales. Eugenio, en un acto absoluto de raciocinio, deducía que en la Cabalá estaba lo que buscaba, particularmente porque advirtió que las 22 letras del Aleph Bet, o el alfabeto hebreo, propician 231 interconectividades al disponerlas en forma de círculo. Es decir, que las 231 posibilidades son las 231 puertas a la Creación. Mas aun, Eugenio entendió que además de las 3 letras madres (la Conciencia: Alef, Mem y Shin) y las 7 letras dobles (el Espacio: Beit, Ghimel, Dalet, Khaf, Peh, Resh, Tav), se encontraban las 12 letras simples: Hey, Vav, Zain, Cheit, Tet, Yud, Lamed, Nun, Samekh, ‘Ain, Tzadde y Quf, que pertenecen al Tiempo.

Las 12 letras simples. Como los 12 meses del año O los 12 signos del zodiaco. O las 12 notas de la escala cromática.

Hacer música era invocar la creación. El dolor, pensaba Eugenio, también era creación.

*

Mientras practicaba la composición tras bastidores, un hombre de media calva avanzada y camiseta de los Cocteau Twins se acercó a Eugenio. Es tu momento, pequeño gran Genio, le dijo. Eugenio pensaba que, en aquel momento de su carrera invisible, ya nadie lo llamaría así, un mote con el cual había sido conocido en los callejones de la ciudad, poblados de espacios para desmontar la historia aleatoria de los desamparados del destino, cuando se presentaba bajo el nombre de Hüzün. Tomó un aire profundo y prolongado, como si de su boca fuese a florar un inmenso viento que barrería el ánimo perdido de los presentes en El Pasadizo, un refugio para bohemios y hipsters exiliados al margen de una ciudad convulsa e imposible de San Juan, cuyas aceras no llegaban nunca a ningún lugar y las calles se agrietaban como heridas en la piel. A falta de mejor imagen, la ciudad caía como un suicidio frustrado, y en ella, el Pasadizo era un espacio de complicidad amena donde el tiempo siempre parecía detenerse con solvencia sedativa.

Aquella noche, camino al escenario, Eugenio pensó que los comensales del club compartían un extraño desencanto por el mundo destilado de una misma tristeza universal. Esto solo podía imaginarlo, porque no hubiese sido capaz de percibirlo.

*

Caminó al centro del escenario. Golpeó el micrófono con el dedo pulgar, carraspeó y se acomodó la Gibson acústica. Cualquier otro cantante de los que le habían antecedido aquella noche de cantautores amateurs habría llegado con la infinitud del sueño de cautivar un público, llevárselos a la casa en el bolsillo y escuchar su nombre viral por Instagram y TikTok, pero Eugenio no cargaba con ese peso. Podría decirse que se trataba de rigores taoístas: si no hay dolor, no hay alegría.

Y viceversa.

Leyendo a Perec, Eugenio había descubierto que las personas, al dormir, y sin excepción alguna, siempre sueñan, indistintamente si lo recuerdan o no. De hecho, para

demostrar su postura, Perec se entrenó a sí mismo para recordar y registrar sus experiencias oníricas tan pronto despertaba en las mañanas, hasta que un día se percató de que había comenzado a tener sueños con el fin único de escribirlos. A Eugenio le sucedía igual con el dolor. De tan solo nombrarlo, desdeñaba la posibilidad de significados. ¿Y si la falta de sentimientos es un lenguaje intraducible?, pensó cuando se enfrentó a la concurrencia dormida en una pasividad interrumpida por la toz de algún fumador.

Alcanzó a decir un «buenas noches» torpe y con voz entrecortada.

*

Quizá por timidez o quizá por la experiencia trunca, Eugenio nunca se distinguió por su elocuencia en público, y aquella noche no tenía por qué ser distinto, justamente cuando el doctor Karl Genenstein había aceptado escucharlo cantar para comprobar que una melodía que infundiera dolor podía ser posible. Nada más humano que el sufrimiento y la desolación, dijo Eugenio con voz gruesa y pesada al micrófono, aunque las palabras le llegaban por prestación retórica del doctor y amigo, Karl Genenstein, un profesor universitario que dedicaba el tiempo a investigar los laberintos naturales de la percepción humana y sus propiedades físicas. Entre sus argumentos, el científico reclamaba ante sus pares que los sonidos poseían poderes que alteraban las capacidades sensoriales de los sujetos receptores. La música podía establecer avenencia como instaurar un orden disonante, o un simplemente un desorden. Una melodía como la que Eugenio quería lograr no solo demostraría este punto ampliamente difundido por poetas como William Blake, sino que también plantearía la relatividad del dolor.

De hecho, las variantes en la capacidad de sufrimiento en los humanos eran materia de interés tanto para el doctor Genenstein como para Eugenio, quien, no muy distanciado de las ideas de su mentor, ya había comprobado que las ondas sonoras podían tener un

efecto analgésico en aquellos que no solo padecían los dolores del alma, sino también los corporales. Ritmo, melodía y armonía podían trenzar una suerte de panacea sónica que liberaría a los pacientes de las cadenas del sufrimiento, le habría dicho Eugenio una vez a Genenstein.

La inquietud paso a ser una obsesión compartida.

*

Al igual que el doctor Genenstein, Eugenio estaba convencido de que el sufrimiento podía durar lo mismo un par de segundos que extenderse por períodos invasivos de miseria prolongada.

Cuando Eugenio nació, los planetas conspiraron en alineamiento celeste y la gente en la calle esperaba que sucediera algún cataclismo universal que condujera al fin del mundo. En algunos rincones de la ciudad, grandes inundaciones y terremotos fueron predichos como si la línea perfecta de las estrellas señalara el camino que culminaría así, por rotación celeste. De algún modo, las especulaciones acaban empujadas al campo de la calamidad posible. La lluvia lavaba las casas, los árboles y las calles, aquella noche cuando la espesa niebla cubría las ventanas y escondía las montañas, como para ocultar una fatalidad venidera. La gente se fue a su casa a orar o a beber, o a ambas cosas, dejando las calles llenas de tanto silencio que hasta se podía escuchar el viento dispersar las hojas muertas, las latas vacías de cerveza a lo largo de los drenajes y las voces de otros tiempos que, al fundirse en cada ráfaga, parecían gemidos alargados. Era un clima hostil para un conductor como Armando, su padre, de quien heredó todas las historias posibles, incluyendo la del día de su nacimiento.

*

Daba igual. Existir sugería, en su afirmación, la presencia del dolor, pues sin este, la vida sería insoportable. La tarea fundamental del ser humano en su existencia era, pues, evitar el dolor. Así, Eugenio sentía que la música podría abrir el cielo a tantos que sufrían en el mundo, mas Eugenio había invertido horas, días y meses en búsqueda de todo lo contrario: una pieza musical que reparara por la propia desdicha azarosa del compositor. El doctor Genenstein se había encargado de buscar la ubicación de los tonos: cuándo subía o cuándo bajaba, y entre cuántos intervalos de distancia y tiempo se templarían las notas de la pieza musical.

No existe nada más antiguo en la historia de la especie humana que el dolor, dijo al micrófono Eugenio. La audiencia le respondió con silencio.

Probablemente, en su forma más primitiva, que es la carencia, el dolor expresa todas las necesidades que dieron origen al lenguaje, añadió. Siendo el lenguaje un asunto de sonidos dispersos en el tiempo, el dolor también es temporal. Tu vida sin dolor deber es lineal, sin duda; pero, cuando te hagas consciente del sufrimiento, tu vida se desprenderá de su tiempo, aseguraba.

Tres palmadas lentas se escucharon brotar de la ceguera que provocaban las luces del escenario.

*

Eugenio dirigió su mirada hacia donde ubicaba el doctor Genenstein, quien se encontraba sentado en una silla a la derecha de la tarima. Bastón en mano, en traje gris y corbata negra, el doctor Genenstein lucía una gran barba que provocaba que su mandíbula inferior pareciera más alargada de lo que en realidad era. El doctor Genenstein, que además de ser compañero de investigaciones se había convertido en su amigo, pensaba que la debilidad de Eugenio podría ser algo más que una fortaleza, pues podría tratarse de una bendición. Si algo lograba Eugenio sería dar con la geometría

divina del dolor y su pertinente correspondencia en una partitura musical, que es sonido y números en obra de un efecto. Genenstein, cuyo amor por la música era tan grande como su curiosidad metafísica, vivía sin remordimientos y reclamaba que cuando se cansaba del farfullar incesante del mundo, tenía la opción de enmudecer las imágenes y retraerse en su propio mundo, donde nadie podía importunarlo. Su fascinación por la música era de las pocas cosas que lo animaban a encender su aparato auditivo.

Oye, papi, gritó alguien desde el público; la paciencia la tengo en el hueso.

Eugenio, sin razón para desistir de sus intenciones de interpretar su composición, se sentó en el taburete blanco en medio del escenario azul, partido por franjas de luces rojas. Si en realidad él fuera estrella, el escenario parecería la bandera rota de un país agonizante.

*

Apenas degustó el silencio, rasgó las cuerdas para corroborar su tensión. Pensó en aquella historia faustiana sobre un guitarrista que vendió su alma al diablo a cambio de poderes para dominar el instrumento, y que, tras haberse consumado el pacto, el músico había adquirido una inefable capacidad para manipular la materia física, logrando de paso inducir sensaciones en los que escuchaban sus interpretaciones. Siempre pensó que la historia, más que maravillar, comprobaba que los seres humanos eran seres inconclusos -unos más que otros- que siempre buscarían completarnos en el intento de suplantar las carencias. Por eso, si lograba representar en la música aquello de lo que él carecía, podría de algún modo redimir su condena.

Pero, ¿qué otro medio que la música misma, una alineación de elementos que, con lenguaje propio, podrían conformar aquello que Eugenio tanto desconocía? El mundo tiene personalidad inanimada, le dijo una vez el doctor Genenstein, y tal vez puedas ordenar una pieza cuya composición musical, entre variaciones de intervalos, tonos y

registros, pudiese expresar el dolor que ha sido desterrado de tu interior. Como La Cábala, o una mística que busca expresar la relación de un sin-fin con el significado del mundo finito. El universo está hecho bajo la ley del número.

Con ustedes, mi composición titulada “Indolente”, dijo finalmente Eugenio.

Partió en clave de Sol, transitando hacia Do y en progresión hacia el mundo que se abría en 231 posibilidades. Una serenata reposada y cautivadora en la que la mano izquierda presenta una rica melodía en una atmósfera de melancolía y misterio. Eugenio sentía que arrojaba piedras desde el borde de un precipicio para observar como caían y desaparecían y así no tener que hacerlo él mismo con su cuerpo. Ejecutó un clavado desde un amanecer para zambullirse en la bilis de Dios. Moría a plazos lentos en una asfixia triste de una tarde seca y sin ruidos ni niños en el parque, una claustrofobia inevitable donde se deshacían los anhelos y persistía la necesidad de la caricia de su madre.

Al final de la pieza, la calma era un granito impenetrable que aplastaba los alientos y las manos, que ni aplauden, hasta que de una esquina se escucharon tres palmadas besarse con tal violencia que tomaron velocidad y partieron como en una fuga en un coro de aplausos que van uniéndose con pereza, lágrimas en los ojos y un pesar extraño en el plexo solar.

Eugenio abandonó el escenario. Guardó la guitarra. Y se marchó.



*

En la mañana, el café aún no terminaba de colarse cuando Eugenio escuchó en las noticias mañaneras que quince personas habían muerto durante la madrugada, con la extraña coincidencia de que todos estuvieron presentes en la noche de cantautores en el club conocido como El Pasadizo.

fragmento de «Indolente» novela inédita.



El doctor Elidio La Torre Lagares es profesor, ensayista, narrador y poeta puertorriqueño. Publicó su primer libro, *Embudo: poemas de fin de siglo*, como edición de autor. Su segundo poemario lleva por título *Cuerpos sin sombras*. Su libro de cuentos, *Septiembre* fue premiado por el Pen Club de Puerto Rico, organización que un año más tarde premiara la primera novela del autor, *Historia de un dios pequeño*. Su tercer poemario lleva por título [cáliz], libro que traza una estética propia del nuevo siglo, y el cual incluye el poema “Mariposas para Lorca”, trabajo premiado en el Certamen de Poesía del Ateneo de Ponce. Su novela, *Gracia*, fue publicada bajo el sello de Editorial Oveja Negra de Colombia y premiada por el Pen Club de Puerto Rico en el 2005. Su poemario, *Vicios de construcción*, ha atraído la atención comercial y la crítica del país, colocándole a la vanguardia de los escritores de su generación. La Torre Lagares es una de las voces más importantes de la nueva literatura puertorriqueña a mediados de la década de los ‘90.

Letras Inéditas

I.

Poema sobre la violencia de género *Por Juleimy Martínez Rivera*

Exiliada a tu hombría que disfrazas tu furor
el silencio se apodera de mi soledad
tus manos no paran de golpearme
humillada ante ti te digo: ¡No sigas lastimándome!
Tu sombra se ha convertido en mi oscuro dolor
mis enemigos son tus demonios de maldad que no me dejan escapar
esclava de tu maltrato, ensucias con mi sangre el suelo
te pido de rodillas ¡no me pegues más sin razón!
Y aun sabiendo que no soy yo la culpable, te pido perdón
y me vuelves a gritar ¡Aquí el hombre soy yo!
Hurgas en mis partes íntimas, usurpas mi dignidad
me haces tuya, lastimándome una vez más ...
Intento no ser frágil, pero mis ojos están cansados de llorar
mis lágrimas cayendo sobre el rostro, obstruyen mi felicidad
hoy cansada de tu despectivo comportamiento alzo mi voz
y empoderada te diré, que no justificarás más tu maltrato ante mi candidez
porque correré hasta alcanzar el río de libertad
para escapar de las cadenas a las que me ataba tu oscura realidad.




Juleimy Martínez Rivera cursa estudios de bachillerato en Trabajo Social en la Universidad Ana G. Méndez, Recinto de Cupey, localidad de Bayamón. Es una joven quien tiene como meta poder graduarse de la carrera de trabajo social para apoyar a individuos, grupos marginados y diferentes comunidades. Tiene como objetivos trabajar para que las personas puedan lograr su estabilidad física y mental, luchar por la justicia social y la equidad.

II.

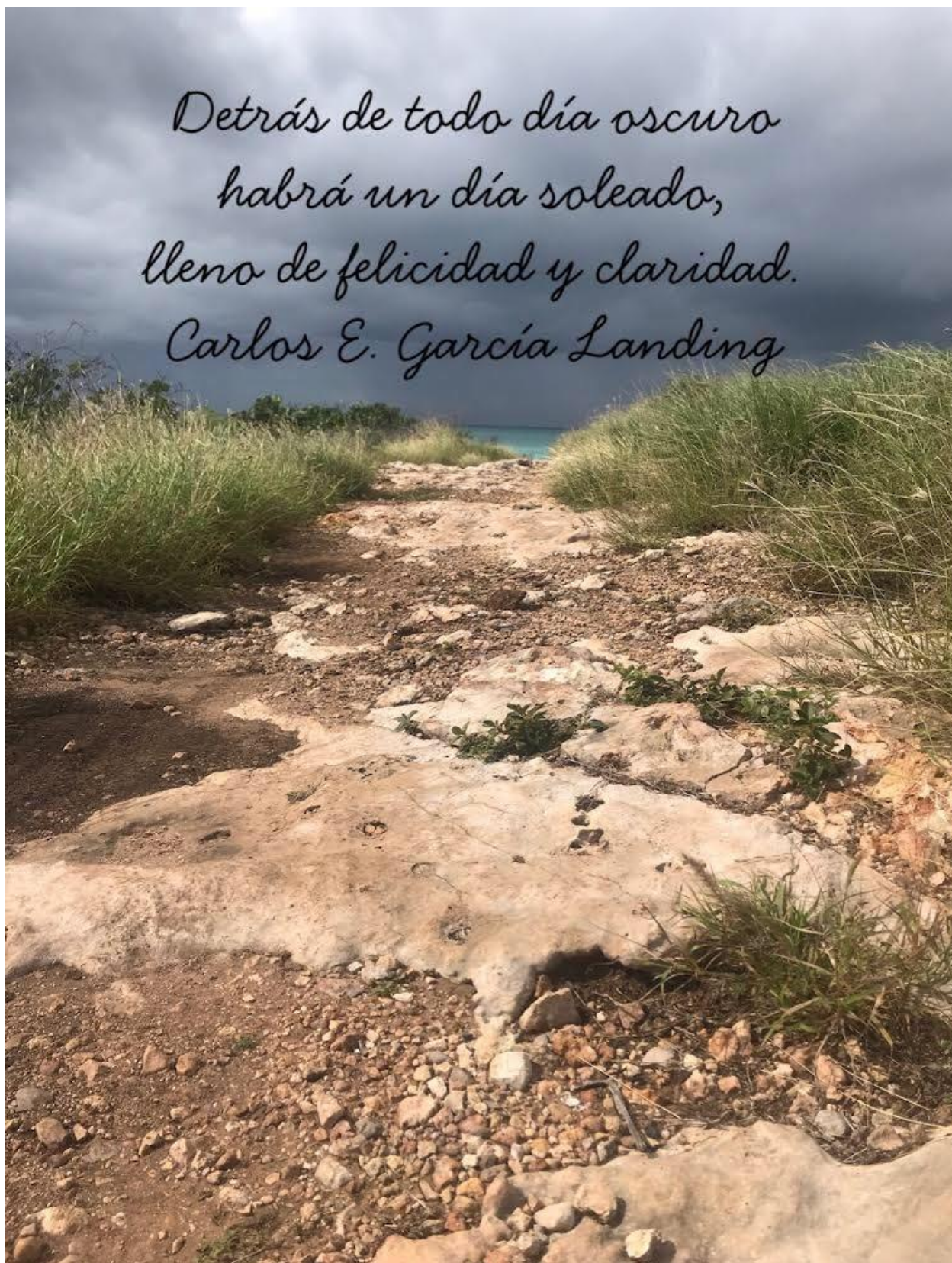
Estos trabajos son la segunda parte de la muestra del resultado del Taller de Fotopoesía que ofreció el poeta Ángel Matos y lideró la Dra. Consuelo Martínez Justiniano, con los estudiantes de sus cursos de español.

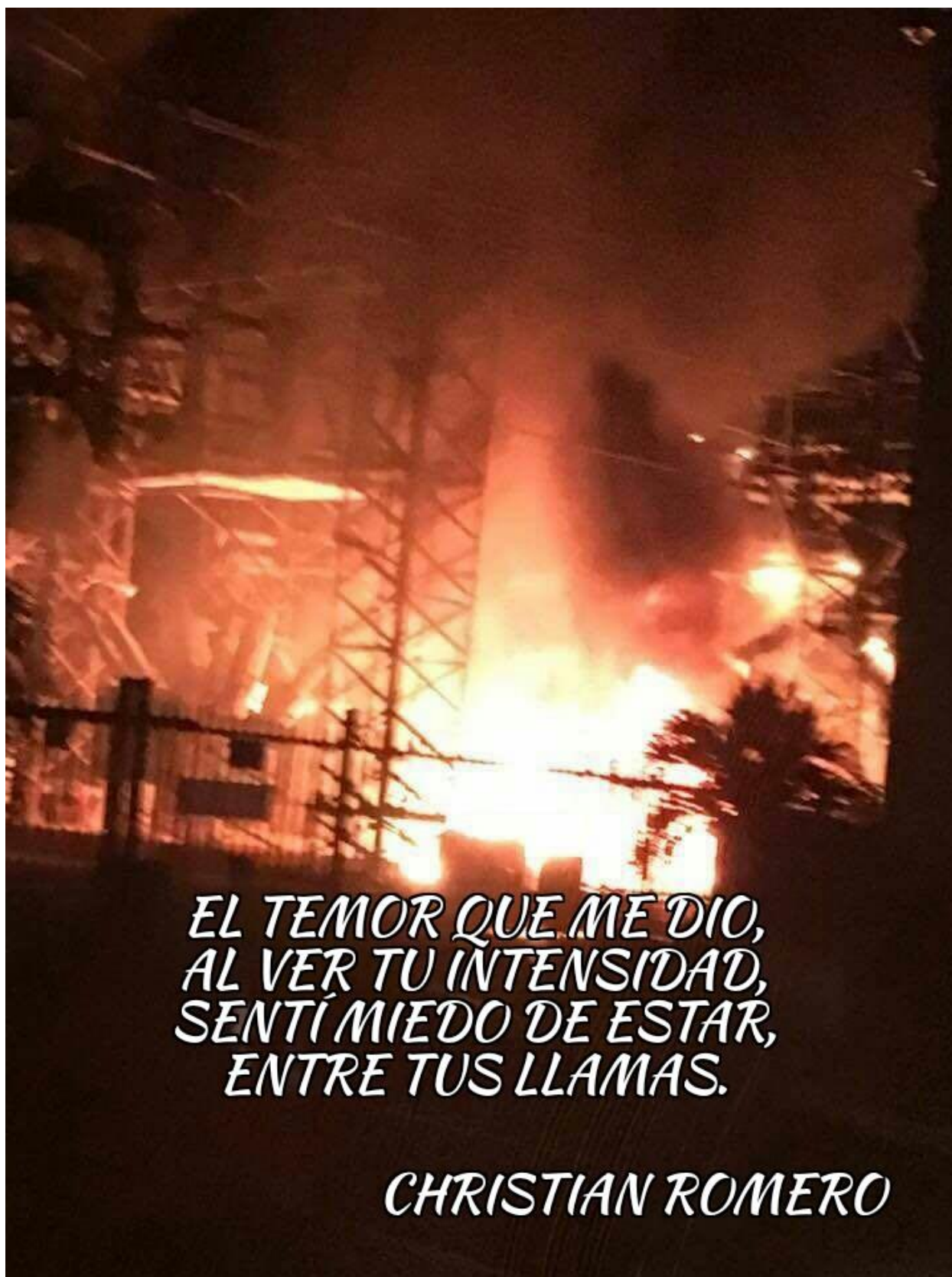




*Mi tempestad desvanece,
mi corazón palpita con fuerza,
la vida vuelve a florecer.
-Bryan Y. Santiago*

*Detrás de todo día oscuro
habrá un día soleado,
lleno de felicidad y claridad.
Carlos E. García Landring*





*EL TEMOR QUE ME DIO,
AL VER TU INTENSIDAD,
SENTÍ MIEDO DE ESTAR,
ENTRE TUS LLAMAS.*

CHRISTIAN ROMERO




*Me muestra la paz y la tranquilidad que merezco
la libertad y el aire que respiro
mientras se van juntando tu cuerpo y el mío.*

Coral B. Sierra Ortiz



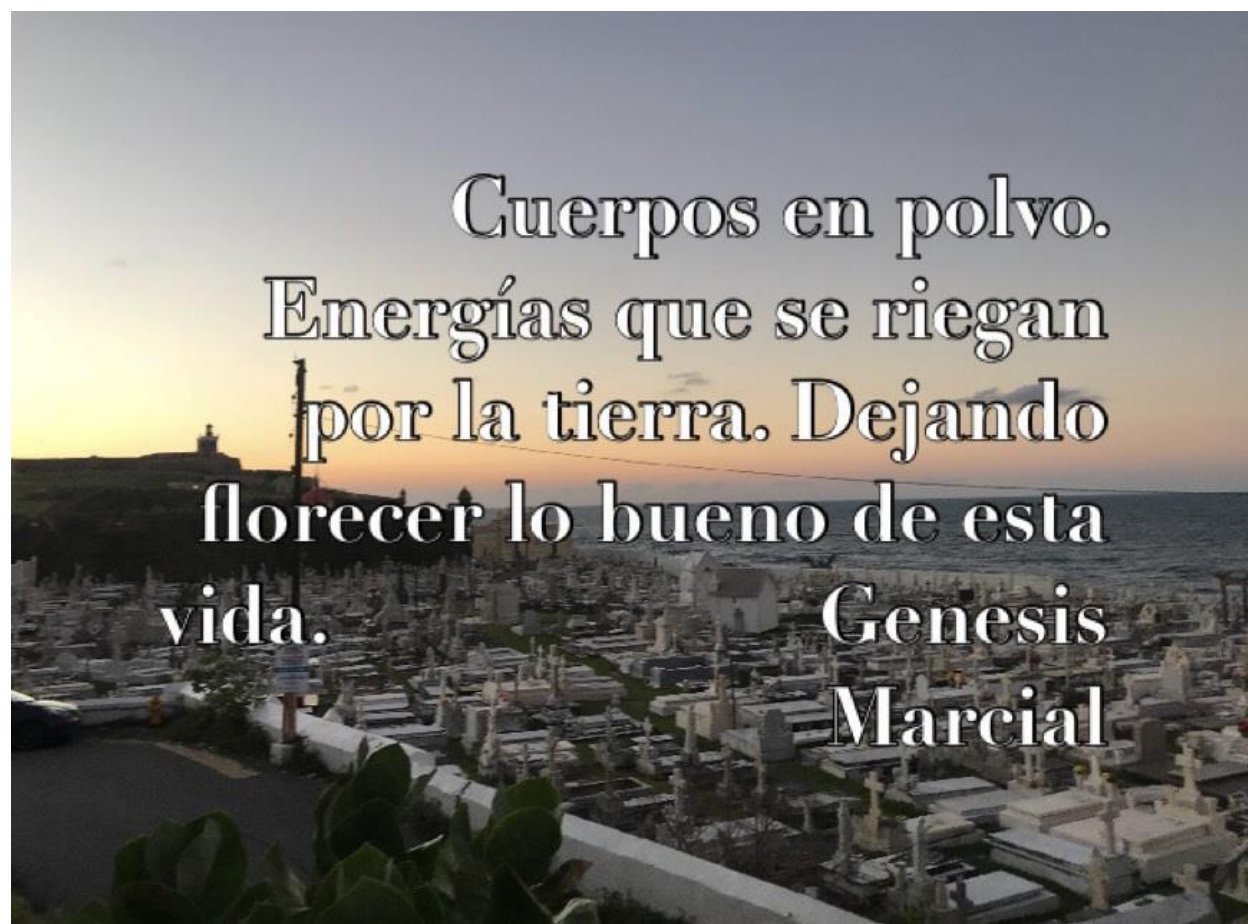
*Que tu cuerpo profundo me lleve
para no volver atrás.*

Debbie Maldonado

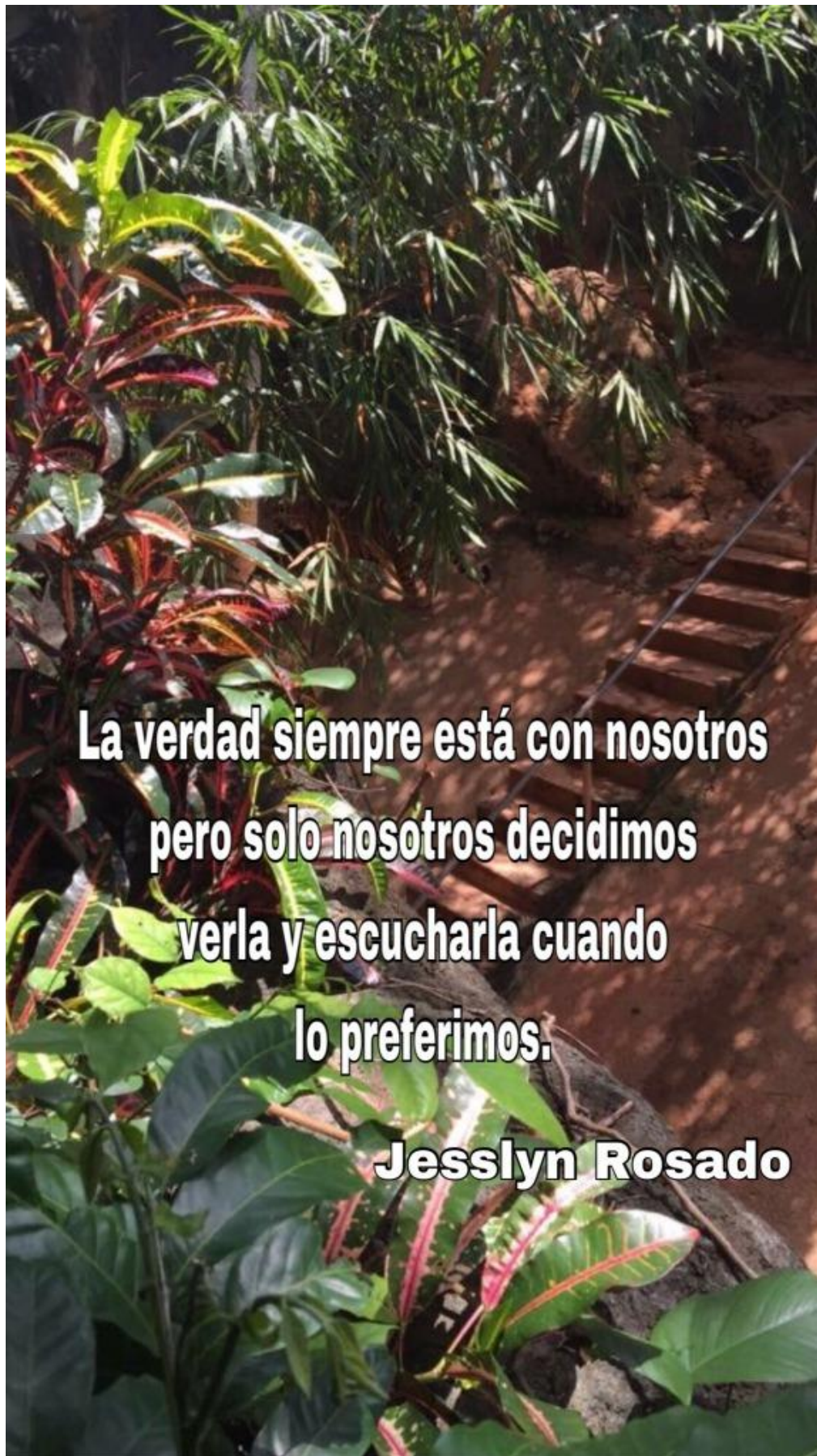


El reflejo es la
solución de tu
vida, el mal y el
bien están en tu
vida, tú eres el
protagonista de
tu camino...

Francisco Martínez Valle



Cuerpos en polvo.
Energías que se riegan
por la tierra. Dejando
florecer lo bueno de esta
vida. Genesis
Marcial



**La verdad siempre está con nosotros
pero solo nosotros decidimos
verla y escucharla cuando
lo preferimos.**

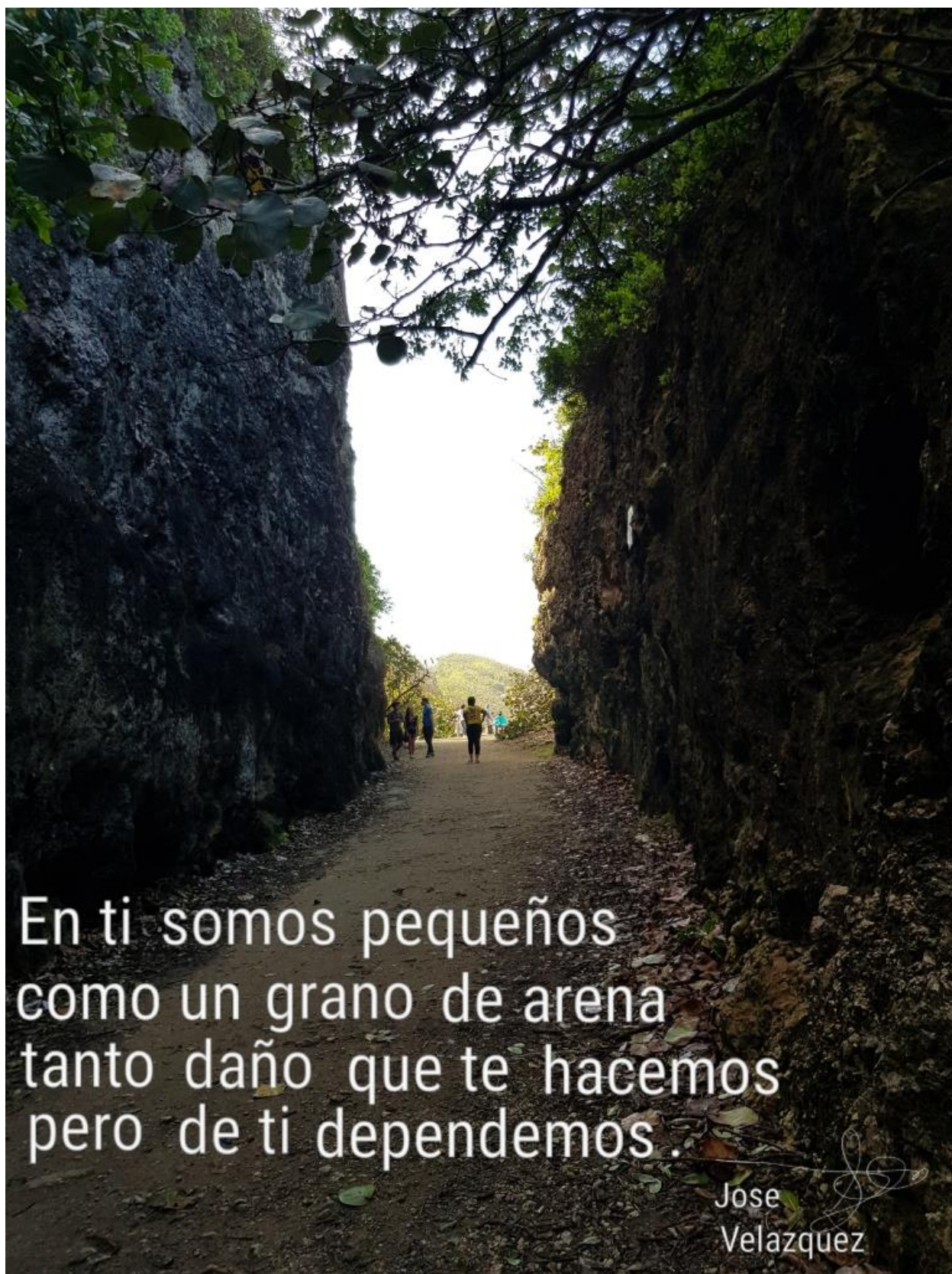
Jesslyn Rosado



**- Vive la vida
- sin límites , sin
preocupaciones, sin
rencores.**

- Vive hoy.

-Jomuel Sáez




En ti somos pequeños
como un grano de arena
tanto daño que te hacemos
pero de ti dependemos .

Jose
Velazquez



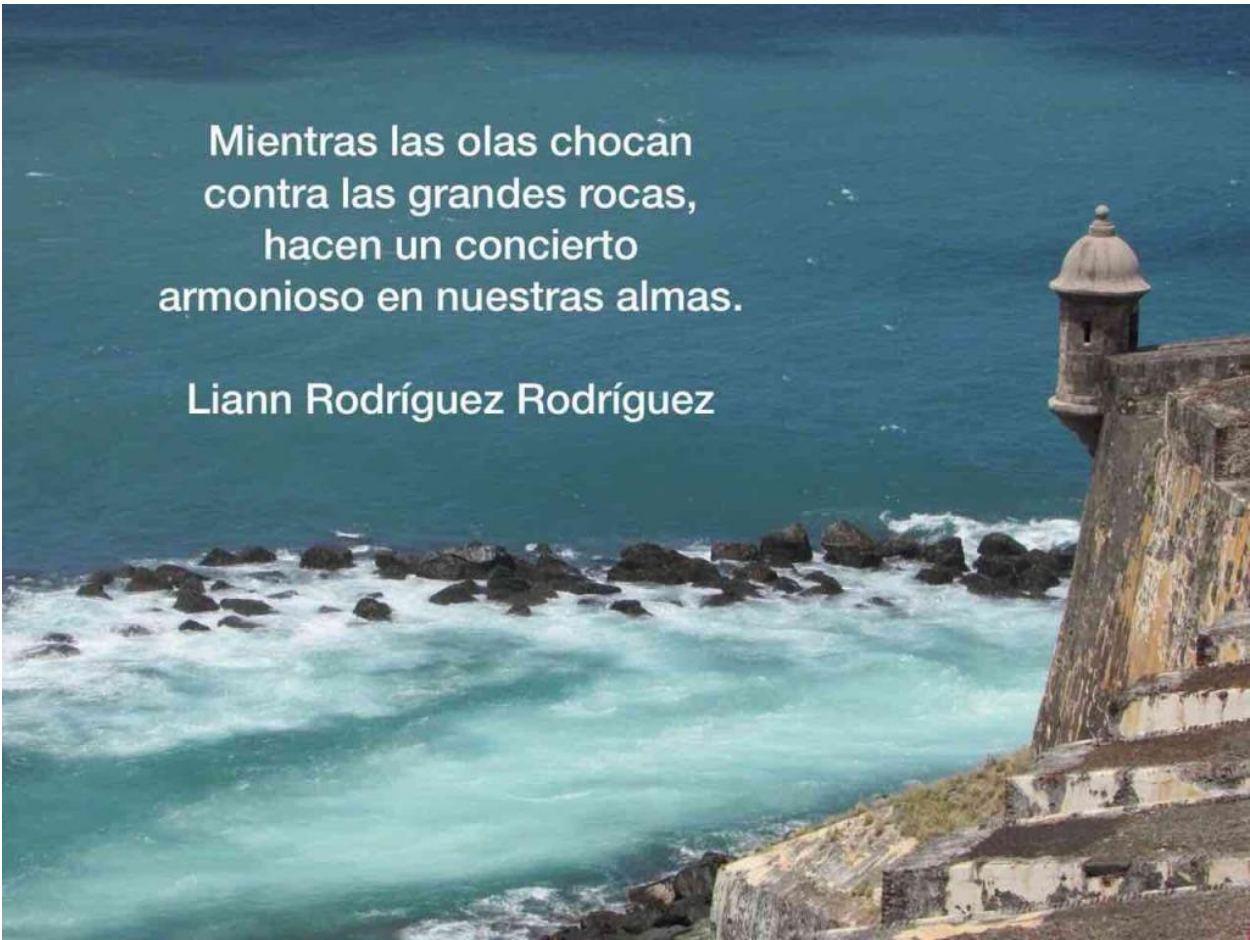
**El fuego que se refleja en ti
es la energía que tendrás
desde el amanecer hasta la noche.**

Katiria Guzmán



En la orrilla del mar está la paz,
en la orrilla del mar está la felicidad.
Bajo el árbol pensando con claridad
de lo que puedo ser capaz.

-Kevin Reyes



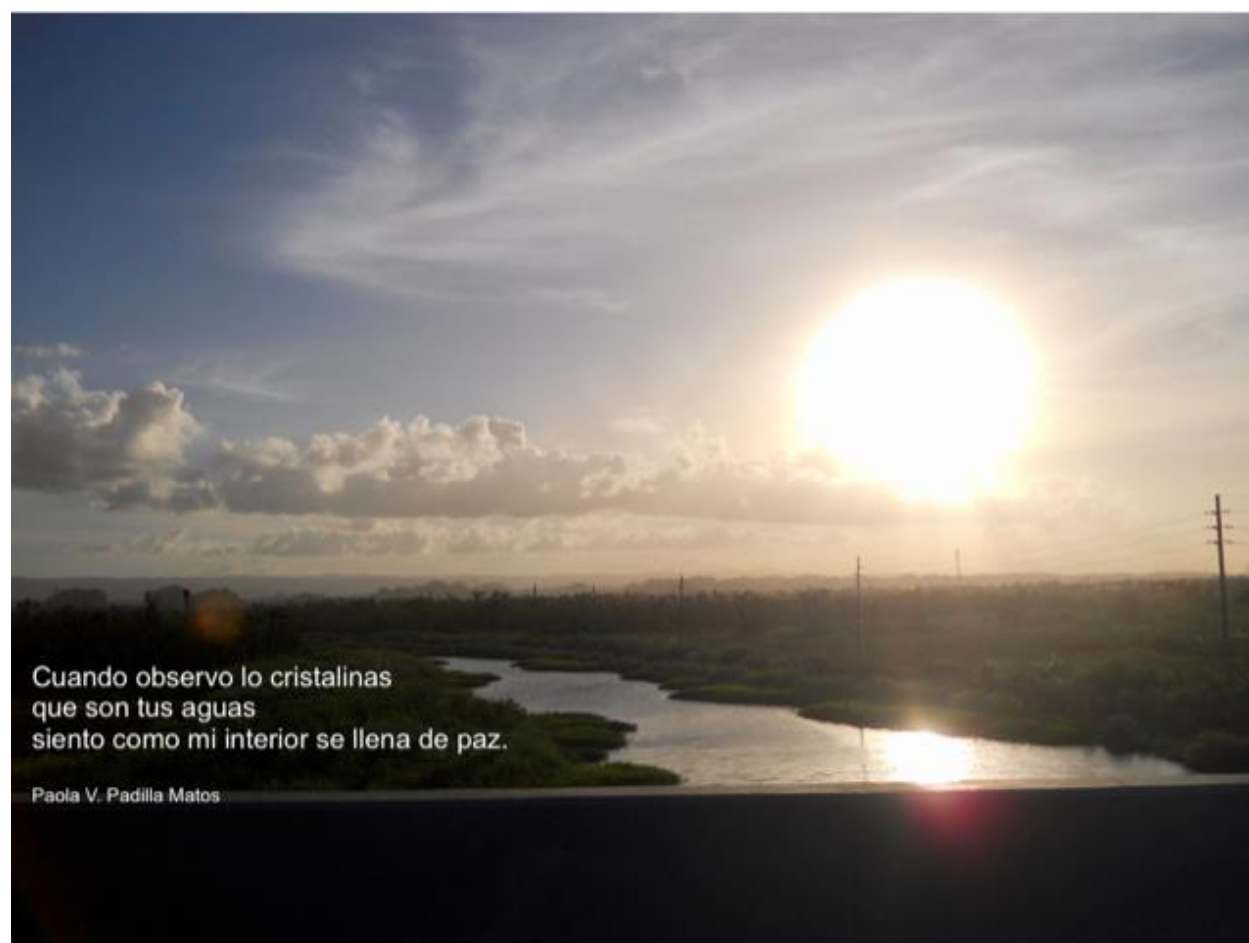
Mientras las olas chocan
contra las grandes rocas,
hacen un concierto
armonioso en nuestras almas.

Liann Rodríguez Rodríguez

A close-up photograph of a hand holding a lit lighter. The flame is bright yellow and blue, casting a warm glow on the surrounding dark background. The hand is positioned in the center of the frame, with the lighter held between the fingers. The background is a dark, textured surface, possibly a wall or a piece of fabric, which is illuminated by the light from the lighter.

*El fuego es pasión
arde la llama
cuando te miro en la oscuridad
postrado en el suelo .*

Natalia M. García



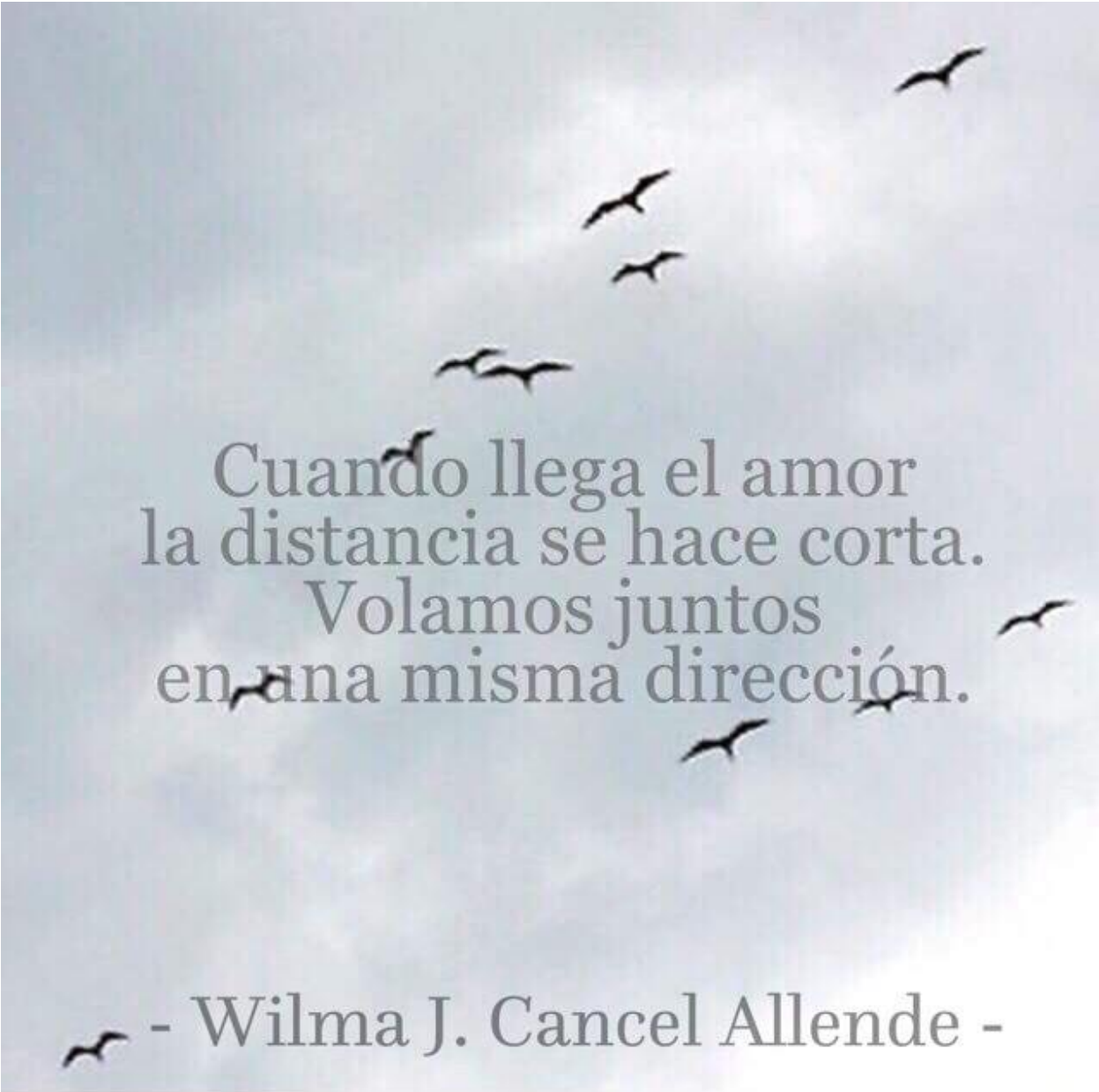


**Iluminas mis pensamientos y organizas mis energías.
Tienes el poder de alegrarme cada día.
Con tan solo mirarte llenas mis expectativas.
Espero que me ilumines por toda la vida.**

- Solangel Santiago

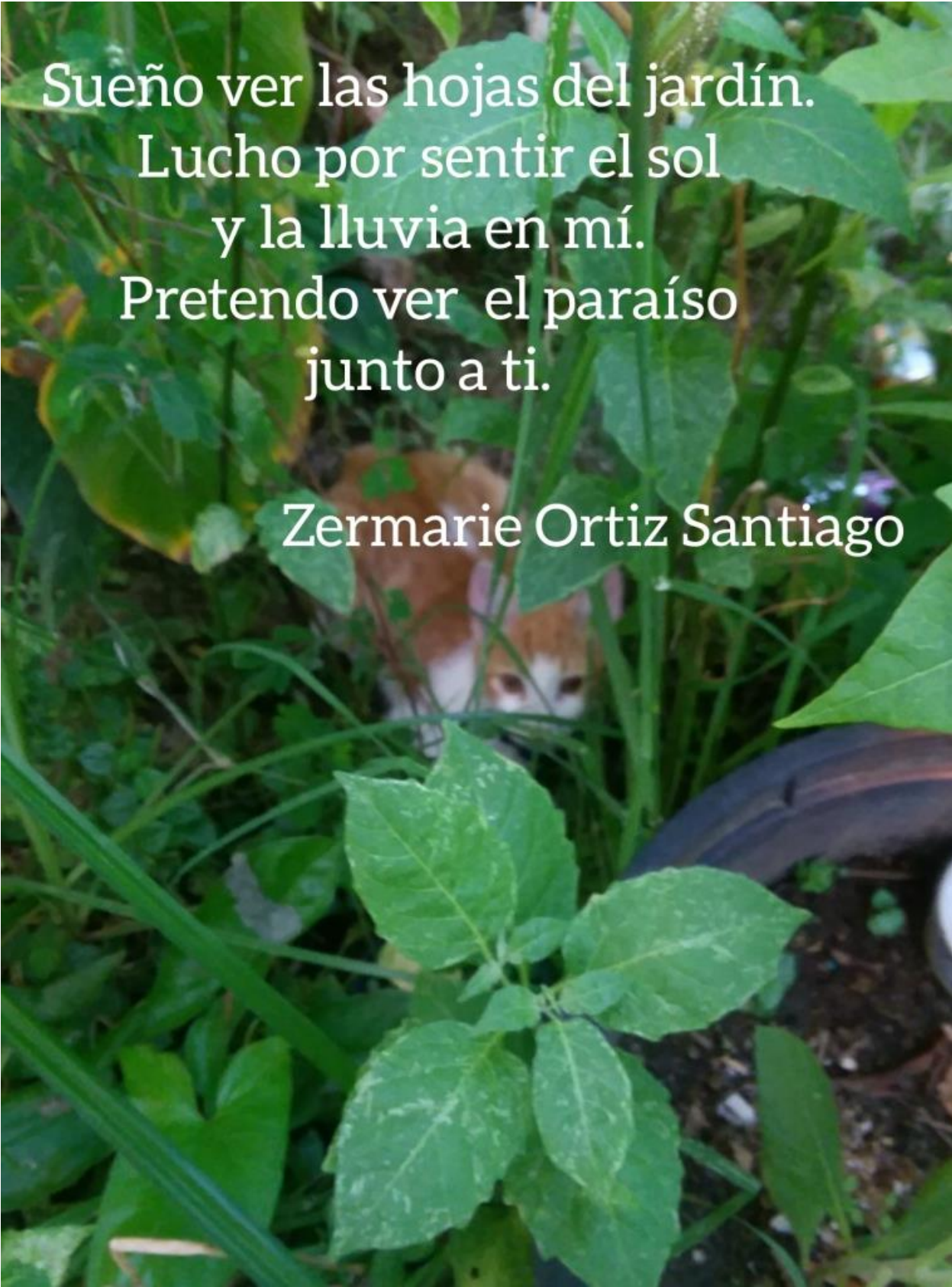
*Con fuerza me impongo
rompiendo barreras
reclamo el espacio que me pertenece.
Tania Galagarza Jimenez*





Cuando llega el amor
la distancia se hace corta.
Volamos juntos
en una misma dirección.

- Wilma J. Cancel Allende -



Sueño ver las hojas del jardín.
Lucho por sentir el sol
y la lluvia en mí.
Pretendo ver el paraíso
junto a ti.

Zermarie Ortiz Santiago